

SOLIDARIDAD OBRERA

A portrait of José Negre, a man with dark hair, wearing a dark beret, a white shirt, a red tie, and a dark jacket. He is looking slightly to the right. The background is a faded image of the cover of the newspaper 'Solidaridad Obrera'.

JOSÉ NEGRE

**RECUERDOS DE
UN VIEJO MILITANTE**

José Negre, fue el último secretario de la organización primigenia Solidaridad Obrera y el primer secretario de la Confederación Nacional del Trabajo.

Fue tipógrafo, periodista, orador y militante obrero destacadísimo. Muerto en 1939 en el campo de concentración de Argelés apenas exiliado de España, fue un hombre extraordinariamente combativo y convencido de las tesis obreristas. Visitó frecuentemente las cárceles (mitin barcelonés contra la guerra de agosto de 1911, campaña de propaganda de 1914, verano de 1916, huelga de la Canadiense, etc.), hasta completar al menos ocho años entre rejas.

Su figura brilla a la altura de Salvador Seguí y Joan Peiró dentro del anarcosindicalismo español.

José Negre

RECUERDOS DE UN VIEJO MILITANTE

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

A MIS LECTORES

I. EL ARTE DE IMPRIMIR

II. CONFLICTO DE ARTE DE IMPRIMIR Y EL DIARIO *EL PROGRESO*

III. FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN LOCAL SOLIDARIDAD OBRERA

IV. FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN REGIONAL SOLIDARIDAD

OBRERA

V. LA REVOLUCIÓN DE JULIO DE 1909

VI. LA REPRESIÓN DE LOS SUCESOS DE LA REVOLUCIÓN DE JULIO

VII. ORIGEN DE LA COMISIÓN Y CAMPAÑA PRO-PRESOS

ACERCA DEL AUTOR

A MIS LECTORES

Os ruego me permitáis hacer una aclaración antes de entrar de lleno a relatar los sucesos que voy a exponeros, y no es otra que deciros que no me propongo hacer la historia del movimiento sindical y lucha social del proletariado catalán durante los años en que ocurrieron los hechos relatados en mis conferencias, para lo cual no estoy preparado ni documentado, pues cuantos datos y escritos me propuse guardar desaparecieron, unos en los múltiples registros que la policía ha efectuado en mi casa, en cuyos registros los defensores de la propiedad burguesa me expropiaron cuanto les vino en gana, y otros, destruidos por mí, cuando consideraba que había peligro de que cayeran en sus manos.

Por lo tanto, mi propósito es sólo el de contaros parte de ese movimiento, de esa lucha, hechos en los cuales he sido actor o espectador, que si bien no son la historia de ese movimiento sindical y de esa lucha proletaria, si constituyen parte, quizá la más importante de esa historia.

Sea esto dicho en mi descanso, pues es posible que algunos compañeros noten en mis relatos lagunas y omisiones de hechos que ellos conozcan y que desconozca yo, por no haber tenido participación ni conocimiento directo de los mismos, ya que, como ya he dicho, sólo me referiré a mis recuerdos, a hechos y sucesos vividos por mí mismo.

I

EL ARTE DE IMPRIMIR

Un día festivo del año que no puedo recordar, lo que me ocurre muy a menudo, pues si mi memoria es relativamente fácil para recordar los hechos, es refractaria, en cambio, para retener las fechas, me dirigía por la calle de Provenza en dirección a la Cárcel Modelo con propósito de visitar a los compañeros encarcelados.

A la altura de la calle de Calabria encontré un grupo de obreros que hablaban o discutían entre sí.

De este grupo, cuyos componentes, en su mayoría, me eran desconocidos, destacóse, al verme llegar, un obrero tipógrafo llamado Muga, quien, dirigiéndose hacia mí, me dijo, al propio tiempo que me alargaba la mano:

— Te felicito, Negre.

Me quedé suspenso ante la felicitación, sin responder palabra, en espera de una explicación que me aclarara el significado de la felicitación del compañero y amigo, quien tampoco se explicaba bastante bien mi silencio, según cierto embarazo que creí notar en él.

—¿Por qué me felicitas? —le pregunté.

—Porque, si en otras circunstancias el ingresar en Arte de Imprimir no tiene nada de particular, sí lo tiene en las presentes; por esto te felicito, me respondió.

De nuevo quedé sorprendido, pues no me quedaba duda de que había entendido perfectamente bien las palabras del compañero Muga, y sabía igualmente que yo no había presentado mi alta en Arte de Imprimir.

—¿Qué he ingresado en Arte de Imprimir? —le pregunté incrédulo.

—Sí; y, además, en la última Asamblea has sido nombrado para ocupar una de las vacantes en la Junta. Pero, ¿es que no te has enterado?

Y tanto como que no me había enterado, pues era la primera noticia que tenía sobre el particular.

Pero, a pesar de todo, el compañero Muga tenía razón, pues aunque yo lo ignoraba, era socio hacía ya unas semanas de Arte de Imprimir y miembro de su Junta y por los motivos que supe después.

Yo estuve unos años ejerciendo distinto oficio que el de tipógrafo, y circunstancias de la vida hicieron que volviera a coger el componedor y las pinzas, y cuando ocurrió lo que os cuento, hacía un mes o dos que trabajaba en una imprenta—litografía que existía en una calle, hoy desaparecida para dar lugar a la reforma del casco viejo de la ciudad, y no estaba del todo decidido a continuar en el oficio de tipógrafo, motivo por el cual no había presentado mi alta en la Sociedad.

Por aquel entonces gobernaba los destinos de la nación el Partido Conservador y Maura ocupaba la presidencia de Ministros.

Aquel Ministerio había presentado a las Cortes un proyecto de Ley de Asociaciones que, de aprobarse, las Sociedades obreras quedaban sujetas de pies y manos, sin posibilidad ninguna de poder luchar contra la clase explotadora sin tropezar en el articulado de dicha ley, y mucho menos seguir en la propaganda emancipadora del proletariado en sus aspiraciones de cambiar el régimen social de explotación del hombre por el hombre por otro más justo, equitativo y humano, en el que no existieran explotados ni explotadores, pobres ni ricos, víctimas ni victimarios, tiranos ni tiranizados.

En previsión de que dicha ley fuera aprobada, los compañeros dirigentes de las Sociedades obreras, o algunos de entre ellos, por lo menos los que estaban al frente de Arte de Imprimir, habían tomado el acuerdo, si el caso llegaba, de disolver la Sociedad y actuar en la clandestinidad.

Y para esta gestión se necesitaba contar con compañeros a quienes se les considerara en condiciones para una actuación semejante, y uno en quien pensaron fue en mí, y sin andarse con rodeos ni consultarme sobre el particular, presentaron la propuesta de socio, y aceptada ésta, el compañero Galderich se hizo cargo de mi carnet y pagó las cuotas correspondientes, hasta que, sabedor yo de lo ocurrido, me hice cargo del mismo.

He aquí de qué modo tan peregrino me vi integrado en los cuadros directivos de la Organización obrera catalana.

II

CONFLICTO DE ARTE DE IMPRIMIR Y EL DIARIO *EL PROGRESO*

Era por entonces presidente de Arte de Imprimir el compañero Romero, venido unos meses antes de Madrid.

Era alto, delgado, fácil con las decisiones, resuelto, y algo dado a comenzar las cosas y dejarlas en manos de otro y emprender otras, y tenía costumbre de acompañarse de una garrota muy respetable, gruesa como la muñeca, y que entró en funciones en alguno de los conflictos ocurridos por aquel entonces en el gremio tipográfico.

Con Romero formaba fuerte contraste el compañero Galderich, recio, y de estatura, más que mediana, baja, quien tenía una marcada tendencia a colocarse al lado de Romero, lo que ocasionaba que los compañeros de Junta le gastaran algunas bromas al salir a la calle una vez terminadas nuestras reuniones, especialmente un compañero madrileño llamado Gómez, si mal no recuerdo, y como madrileño muy dado a la chunga, quien en cuanto veía juntos a Galderich y Romero, ya estaba gritando:

—La «ele» y la «i»; «ele», «i», «li».

En cuanto Galderich oía la voz de Gómez ya estaba cambiando de sitio para acabar con la cantinela de la «ele» y la «i».

El compañero Romero había venido de Madrid con ganas de brega, y a poco de haber sido nombrado presidente, ocurrió un conflicto en la imprenta de un diario de la localidad, que hoy día ya no se publica, en cuyo conflicto entró en funciones la garrota de que antes os he hablado, con tan mala fortuna, para la garrota, pues el conflicto se ganó por Arte de Imprimir, con tan mala fortuna, repito, que quedó hecha trizas, y a consecuencia de la rotura el compañero Romero tuvo estancia gratis por unos días en el chalet de la calle de Entenza.

Este éxito tuvo la virtud de levantar la moral de los tipógrafos, muy decaída por motivos que sería muy largo de explicar y que me alejaría del asunto de la presente conferencia, y despertando entre los compañeros un deseo de actuación sindical más viva y activa que sacara al oficio del marasmo en que se encontraba.

Pronto se iba a presentar ocasión para dar satisfacción a este deseo, y de manera que quedara bien saciado, pues hubo que echarse toda la carne en el asador, como vulgarmente se dice, y luchar a fondo.

Y esta ocasión no fue otra que la huelga ocurrida en los talleres del diario lerrouxista *El Progreso*, motivada por haber sido despedido un compañero acusado de que estafaba a la empresa, acusación falsa, como se demostró de modo que no daba lugar a duda alguna, y que, a pesar de quedar ello comprobado, no se dio satisfacción a Arte de Imprimir hasta después de unos dos años de bregar dura y bravamente, en que el lerrouxismo tuvo que aceptar a los compañeros huelguistas y pagar una indemnización de unos cuantos centenares de pesetas, indemnización que los obreros tipógrafos distribuyeron entre la Comisión Pro-presos, el semanario *Solidaridad Obrera* y una Comisión constituida para recoger fondos destinados a

la edificación de un inmueble para la Federación Local de Sociedades Obreras, bella iniciativa que no llegó a cuajar.

Algún tiempo antes de ocurrir lo relatado, tuvo lugar en Barcelona el escandaloso asalto de las bandas militares a los talleres en que se imprimían el semanario catalán *Cut-cut* y el diario *La Veu de Catalunya*, órgano de la Lliga Regionalista, el partido que agrupaba a los reaccionarios y plutócratas que seguían las inspiraciones de Cambó, Ventosa, Puig y Cadafalch, y demás pandilla.

La indignación causada por el escandaloso y brutal atropello dio origen al movimiento político—burgués conocido por «Solidaridad Catalana», constituido por todas las fuerzas políticas de Cataluña, con excepción de Lerroux y sus mesnadas, las que creyeron a pies juntillas las razones alegadas por el truchimán de su jefe, o sea, que un partido republicano y radical no podía ir del brazo de ligueros, curas y carlistas, cuando esto le importaba un higo al Emperador del Paralelo, pues la verdadera causa de su enemistad al movimiento de «Solidaridad Catalana» no era otra que Moret no le había mandado a Barcelona para tal cosa, sino para todo lo contrario.

III

FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN LOCAL SOLIDARIDAD OBRERA

Este movimiento solidario entre las fuerzas político—burguesas catalanas sugirió a algunos elementos obreros la idea de originar otro movimiento solidario entre los trabajadores, constituyendo la Federación Local Solidaridad Obrera.

Pero la iniciativa no lograba cuajar en el ambiente societario, pues sus iniciadores eran considerados con cierto recelo por los componentes de la mayoría de las Sociedades Obreras, y las entidades adheridas eran muy pocas y de mínima importancia en el movimiento societario barcelonés.

En vista de ello, los ya dichos iniciadores, pertenecientes al partido socialista, instaron a los compañeros dirigentes de las Sociedades Obreras con raigambre anarquista para que se adhirieran al movimiento iniciado, dando, toda clase de seguridades de que no se trataba de ninguna organización tendenciosa ni de carácter partidista determinado, y que en él cabían todos los obreros que lucharan por su mejoramiento y emancipación de clase.

Ante este llamamiento los compañeros anarquistas decidieron que las Sociedades obreras que dirigían, hoy se dirían que controlaban, y pase la palabreja, mandaran sus delegados a la naciente Federación Local.

Los tipógrafos teníamos el domicilio social en la calle de Roig, confluyente a la del Hospital, y en el mismo local tenían sus Secretarías los compañeros de la Unión Metalúrgica, y no recuerdo qué otras Sociedades más, y todos acordamos mandar nuestros delegados a la dicha Federación Local para ver qué era aquello.

Arte de Imprimir envió al compañero Tomás Herreros, que ha fallecido recientemente después de una larga vida de luchador en pro de la emancipación proletaria.

A los pocos días vino a dar cuenta a la Junta de que, a su juicio, valía la pena interesarse por la Federación Local Solidaridad Obrera, pues en ella podría hacerse mucha y buena labor para el mejoramiento económico de los trabajadores, como asimismo para su emancipación social.

Debido a dicho informe, Arte de Imprimir acordó adherirse, y otro tanto hicieron los compañeros metalúrgicos y los de otras Sociedades obreras domiciliadas en el Centro Obrero de la calle de Roig.

Idéntica determinación tomaron la mayoría de Sociedades Obreras existentes en Barcelona por aquel entonces, con lo que la naciente Federación adquirió verdadera importancia, presentándose el problema de buscar un local con la suficiente capacidad para dar cabida a todas las Sociedades obreras federadas, local que se encontró en la calle Dormitorio de San Francisco, hoy Primero de Mayo, con muy buenas condiciones, pues, además de un buen salón para las Asambleas, tenía dependencias para instalar las Secretarías de las entidades adheridas.

Para la adquisición de dicho local había una dificultad casi insuperable, dadas las escasísimas posibilidades económicas de las

Sociedades obreras de entonces, pues se precisaba adelantarse el importe del alquiler de tres meses que había que abonar por adelantado, importe no menor a 3.000 pesetas, lo que representaba una suma fabulosa para las Sociedades obreras en aquellos tiempos de jornadas de nueve y diez horas de trabajo diarias y 3,50 y 4 pesetas de jornal, exceptuando los días festivos, y que para juntar cien pesetas se pasaban los tesoreros dos meses recogiendo perras chicas.

De este atasco salió la naciente Federación Local gracias a la solidaridad del fundador de la Escuela Moderna, del gran pedagogo y revolucionario Francisco Ferrer Guardia, asesinado meses después por los sicarios del gobierno Maura—La Cierva en los glaciares de Montjuich, el castillo de infame memoria.

Al constituirse el Comité federal se tomó el acuerdo de no nombrar para ocupar la Secretaría a ningún compañero anarquista ni socialista, para evitar que pudieran surgir recelos y equívocos de ninguna clase entre los componentes de las Sociedades federadas, y a tal efecto fue nombrado secretario general el compañero Román, presidente de la Sociedad de impresores, o sea, de maquinistas y minervistas de imprenta, y para constituir el Comité fueron nombrados, entre otros, el compañero Badía, iniciador de la Federación, si no estuve mal enterado, obrero del ramo mercantil, socialista, inteligente, activo y muy hábil, y los compañeros Romero y Tomás Herreros, quien, además, fue nombrado director o administrador, no recuerdo bien, del semanario *Solidaridad Obrera*, órgano, como decíamos entonces, de la Federación Local, federación minúscula por el número de federados, si se la compara con las Centrales de nuestros días, pero grandísima por la fuerza moral que

desde sus comienzos adquirió, y de lo que se percató la burguesía mucho antes que la mayoría de los obreros barceloneses.

La clase patronal, mejor dicho, los directores de la burguesía, intentaron una habilidosa maniobra para adueñarse de la novel Federación obrera, sin restarle aparentemente su carácter y naturaleza obrera y obrerista, destacando el hijo de Rius y Taulet, el alcalde barcelonés que llevó a cabo la Exposición Universal del año 1888, hecho inicial del engrandecimiento de la urbe barcelonesa, quien ofrecióse a los obreros para ocupar el cargo de Secretario general gratuitamente, a más de ofrecer ayuda económica para el sostenimiento de la Federación y su portavoz *Solidaridad Obrera*.

Ofrecimiento que declinaron los obreros, pues si bien reconocían las condiciones intelectuales que reunía el segundo Marqués de Olérdola para desempeñar el cargo solicitado, no ignoraban que no bastaba con ser un inteligente sociólogo de biblioteca para dirigir una entidad obrera como la recién fundada, sino que eran precisas otras condiciones esenciales y que sólo poseían los trabajadores en cuyas carnes hubieran hecho sangre la inicua y sórdida explotación patronal, además de haber soportado las injurias y atropellos morales y materiales de los mercenarios de todas clases a sueldo de los explotadores, única manera de que se injertara al nuevo organismo federal la savia revolucionaria necesaria para que llevara a cabo la obra transformadora y emancipadora del proletariado que de él se esperaba.

Esperanza que no fue defraudada jamás por la Federación Local Solidaridad Obrera, ni por la Federación Regional de igual nombre, nacida en el seno de la anterior, ni tampoco por la Confederación Nacional del Trabajo actual, heredera y continuadora de las dos anteriores, porque a ninguna de ellas les faltaron las minorías de

trabajadores conscientes para sostenerlas contra viento y marea durante todas las borrascas y tormentas como la burguesía desencadenó contra dichas organizaciones, y alguna de ellas de tan bestial empuje como la cerril y criminal represión soportada por la Federación Local y la Confederación Regional Solidaridad Obrera después de la semana revolucionaria de julio de 1909.

Minorías obreras de tal temple revolucionario, doctrinal y táctico, que rehicieron los organismos federales tantas veces como fueron aplastados o dispersados por la burguesía, que no fueron pocas.

Minorías, más reducidas que numerosas, que no claudicaron jamás, pues el día siguiente de un desastre, su único pensamiento era preparar el desquite, y terminada una huelga general, ganada o perdida, estaban siempre dispuestas a proclamar otra si algún sector obrero, local, regional o nacional, necesitaba la solidaridad del proletariado catalán.

Minorías que no desfallecieron nunca en una lucha dura y tenaz de varios años, durante los cuales atacaron y se defendieron de las clases patronales sin cesar un momento, y que si en unas ocasiones tuvieron la fortuna de triunfar, en otras soportaron rudas derrotas, sin que nunca les faltaran alientos para rehacer los organismos federales al día siguiente de un total aplastamiento, como ocurrió más de una vez.

Minorías que no se acobardaron en ningún momento a pesar de tener que hacer frente a la vez a la burguesía, a las autoridades que las perseguían y atropellaban sin descanso y sin consideración alguna, al partido lerrouxista encastillado sagaz e hipócritamente en las mismas Sociedades obreras, partido que tenía la pretensión de apoderarse de la Federación Local Solidaridad Obrera y que afirmó

por boca del pirata de la política Emiliano Iglesias que, o la Federación Obrera se domiciliaba en la Casa del Pueblo, o desaparecería, y a pesar de ser el dicho partido literalmente el árbitro de Barcelona, teniendo todas las autoridades a su disposición, contar con la adhesión de una masa de 60.000 votantes y con un periódico con un tiraje diario de los mayores de aquellos años, fue derrotado estrepitosamente después de ruda y enconada lucha por una Federación obrera que a lo sumo reunía una masa de 15 o 20.000 federados y un semanario de unos 3.000 ejemplares como todo tiraje; Federación servida por unos militantes constantemente procesados y encarcelados, sin medios económicos para el sostenimiento de sus familias ni más defensores en sus procesos que los abogados de turno, por unos militantes vilmente calumniados diariamente de «vividores», «explotadores de los obreros», «agitadores de profesión», «dinamiteros», etc.; por los mercenarios redactores de la prensa diaria, a sueldo de la burguesía, que tan bajos y rastreros eran que no se detenían ni ante el respeto debido a las compañeras de estos militantes, a las cuales, al mencionarlas en el diario, escribían Fulana de Tal, con toda la aviesa intención de que era capaz su espíritu canallesco.

No les faltaron arrestos a estos militantes cuando, amenazado de desahucio el Centro Obrero por falta de pago de alquiler, tuvieron que buscar otro local y trasladar la Federación, dando como motivo el que el anterior era insuficiente, a lo que supieron dar apariencias de realidad con una aparatosa reforma, construyendo departamentos de madera para Secretarías, laboradas por las noches en el local social por un grupo de bravos compañeros carpinteros que se presentaron a hacer el trabajo gratuitamente.

Otro tanto hicieron los compañeros de la Sociedad de Lampistas, Hojalateros y Latoneros, quienes fabricaron y regalaron a la Federación Local una espléndida cafetera exprés, último modelo, como pocos establecimientos públicos la tenían, cafetera que dio el golpe con el gran efecto que causó.

Para solemnizar la inauguración del nuevo local, una ex fábrica de la calle Poniente, hoy de Joaquín Costa, el Comité Federal acordó encargarse de hacer el servicio del café, y no fue poca la alegría que causó y las bromas y algazara a que dio lugar durante toda la velada.

—¡A ver, que me sirva café el Secretario general!—pedía un compañero.

—Y a mí el Tesorero —añadía otro.

—Pues a mí que me ponga el café el director de «Solidaridad Obrera».

—Protesto —gritaba uno—. El Secretario general deja las copas con corona; que sirva el café más completo.

Y así toda la noche.

El buen éxito alcanzado nos permitió recaudar fondos para saldar los débitos contraídos y chasquear a los enemigos de la organización obrera que esperaban ansiosos el momento de dar la campanada haciendo público a golpes de bombo y platillos que la Federación Local y la Regional eran una ficción, un ridículo bluff, pues habían sido desahuciadas de su local social por no tener fuerza ni recursos siquiera para poder pagar el alquiler.

Pero volvamos al punto de partida del cual me he distanciado con mi larga digresión.

Como ya dije antes, la naciente Federación Local Solidaridad Obrera adquirió rápidamente insospechado desarrollo y una vitalidad y dinamismo que sobresaltaron a la burguesía, cuyo disgusto e irritabilidad crecía a la par que se multiplicaban los conflictos que los obreros le planteaban, la mayoría de los cuales se resolvían con mejoras para los trabajadores.

Estos éxitos fortalecían y elevaban la moral de los obreros barceloneses, lo que repercutía de una manera notable en el diario crecimiento del organismo federal con la adhesión de nuevas Sociedades, al mismo tiempo que crecían y aumentaban los efectivos societarios con el aumento de nuevos asociados.

Este resurgir de las fuerzas obreras organizadas de Barcelona trascendió al resto de Cataluña, y en poco tiempo se constituyeron numerosas Federaciones en distintas comarcas y localidades, y entre ellas, las más importantes fueron las de Sabadell y Tarrasa, en cuyas ciudades se suscitaron conflictos y luchas de importancia y gravedad inusitadas.

La viva e intensa vida de relación que los continuos conflictos obreros obligaban a sostener entre la Federación Local barcelonesa y las Federaciones obreras existentes en dichas poblaciones y comarcas catalanas, sugirió la idea de convocar un Congreso Obrero en Barcelona, para constituir la Confederación Regional Solidaridad Obrera, idea que fue aceptada y llevada a la práctica con un total éxito, como contaré más adelante.

A la creación de este fuerte ambiente societario entre el proletariado barcelonés y regional de Cataluña contribuyó de una manera muy importante la lucha sostenida por Arte de Imprimir contra el diario *El Progreso* y el partido lerrouxista.

Al ser propuesta la huelga del personal tipográfico de dicho periódico en la Asamblea de Arte de Imprimir, en el probable caso de que la Empresa se negara a aceptar de nuevo al operario despedido, pregunté a los compañeros interesados si se daban cuenta de la importancia y gravedad del acuerdo que se proponía a la aprobación de la Asamblea, por tratarse de un periódico demagógico por esencia y potencia, y que, por eso mismo, arrastraba un importante contingente de obreros barceloneses, lo suficiente cándidos para tomar en serio las promesas revolucionarias y obreristas del diario en cuestión, y que, como era de prever, se pondrían resueltamente enfrente de nosotros, y que, por lo tanto, si estaban los presuntos huelguistas firmemente dispuestos a sostener la huelga, en caso de declararse, hasta obtener completa satisfacción, durara lo que durara y a despecho de cuantos obstáculos se presentaran, pues en caso contrario no valía la pena comenzar una lucha para proporcionar un éxito personal a aquel Don Juan de music-hall, vulgarmente conocido por Emiliano Iglesias, a costa de los huelguistas y de Arte de Imprimir.

La contestación fue completamente satisfactoria.

—Además y no tengas tantos recelos —me dijo uno de los compañeros presuntos huelguistas, pues ha dicho Iglesias que bastará que la Sociedad haga la reclamación para que sea admitido el compañero Salas —que así se llamaba el compañero despedido.

No tenía yo tanta seguridad, pues no podía disipar mis dudas, ya que me era imposible creer en la buena fe del lugarteniente de Lerroux, y eso que todavía no se sabía lo que supimos después.

Porque, me decía, si es así, ¿qué necesidad tiene de que se haga reclamación alguna? Con admitir al compañero despedido, quedaba el asunto terminado.

Pero, en fin, se tomó el acuerdo de reclamar la admisión del despedido, y cumplimentado que fue, respondió el Administrador que daría contestación a su debido tiempo.

Como ésta tardaba más de lo natural, la Junta reclamó de nuevo, a lo que se contestó que, no existiendo unanimidad entre todo el personal tipográfico del periódico sobre el particular, la Empresa pedía se tratara de nuevo el asunto en Asamblea de Arte de Imprimir.

Esta salida era por demás sospechosa, y para mí con mayor motivo, pero se accedió a que fuera de nuevo discutido, y celebrada la Asamblea, ésta se ratificó en el acuerdo anterior, reforzado con la decisión de que, en caso de que la Empresa viniera con nuevas dilaciones, se declarara la huelga en los talleres del diario lerrouxista *El Progreso*.

No todo el personal tipográfico afecto estuvo conforme con este segundo punto, lo que me hizo sospechar que la Empresa había hecho manejos para dividir y evitar que existiera la debida unanimidad.

Los hechos confirmaron que mis recelos y sospechas no eran infundados, pues después de quedar bien demostrada la falta de sinceridad de la Empresa del diario lerrouxista, hubo de tomarse la determinación de declarar la huelga en los talleres del mismo, y transcurrido cierto tiempo, el boicot a *El Progreso* y el vocinglero periódico que se había hecho el dueño de la calle con sus groseras procacidades y bravuconerías.

La declaración de huelga, y después el boicot proclamado por Arte de Imprimir, sorprendió a la opinión como si hubiera oído el estallido de una bomba, despertando un entusiasmo entre los obreros como hacía tiempo no se había visto en Barcelona, y ante los pasquines públicos se formaban grandes corros de trabajadores que discutían entre sí con ardor y pasión.

En el campo político causó asombro que los obreros de Arte de Imprimir nos hubiéramos atrevido a enfrentarnos con el partido lerrouxista, en aquellos tiempos en todo su apogeo, sin temor a los célebres Jóvenes Bárbaros y las Kábilas lerrouxistas formadas por aquel desaprensivo Villalobos, aquel grotesco pelele ex anarquista que se las daba de superhombre y cuya superhombría consistía en la necedad y en la inconcebible frescura de que estaba poseído.

No disponiendo Arte de Imprimir de recursos para los gastos de propaganda necesarios para la consiguiente campaña huelguística, hizo un llamamiento a todos los obreros organizados pidiéndoles su solidaridad para allegar fondos para cubrir los gastos de la campaña, o sea, la impresión de hojas, pasquines, etiquetas, alquiler de locales para la celebración de mítines, etc., llamamiento que no fue desoído, pues los compañeros se apresuraron a abrir suscripciones en fábricas y talleres cuyo importe entregaban al tesorero de Arte de Imprimir.

El boicot repercutió fuertemente en la Administración del periódico lerrouxista, cuya venta sufrió un descenso que alarmó a los directivos del partido, quienes excitaron a los obreros de las llamadas Casas del Pueblo para que acudieran a la defensa de *El Progreso* y del partido, pues al darse cuenta de que habían tropezado con elementos difíciles de vencer y de que les había fallado su creencia de que no se atreverían a enfrentarse con el partido lerrouxista, hasta el punto de constituir un serio peligro de

ruidoso fracaso, se decidieron a un ataque a fondo y a emplear todos sus medios ofensivos y defensivos.

Desde el periódico nos difamaban diariamente, y, además de los tópicos de cajón, de vividores, explotadores de los obreros, etc., nos lanzaron la canallesca acusación de que éramos elementos a sueldo de la Lliga Regionalista, la cual nos proveía de fondos para nuestra campaña contra el partido lerrouxista, idiotez que creyeron fácilmente los babiecas obreros enrolados en aquel partido pilotado y dirigido por una pandilla de pillos redomados y arribistas sin escrúpulos.

Otra de las tácticas que emplearon fue el formar equipos de obreros lerrouxistas sin otra misión que recorrer los quioscos y adquirir números del diario para que no se notara la baja sufrida en la venta diaria por *El Progreso*.

Arte de Imprimir organizó grupos de compañeros que, saliendo del local social a media noche, se dedicaban a pegar en las paredes pequeñas etiquetas que al día siguiente eran leídas por los viandantes, con el natural enfado de las mesnadas de Lerroux, quienes acabaron por organizar cuadrillas que siguiendo a nuestros compañeros arrancaban cuantas etiquetas éstos pegaban, lo que originó que Arte de Imprimir organizara una especie de contrapartidas de compañeros federados que se prestaron a ello, que siguiendo a su vez a los sabotadores de nuestra propaganda, les obsequiaron con alguna tanda de persuasivos palos.

Estos entusiastas compañeros, todos ellos en la primera juventud, eran los que se encargaban también de pegar los carteles y pasquines que se editaban referentes a la huelga, y luego de

terminada tan pesada labor se iban al taller donde trabajaban, pues nadie cobraba un solo céntimo por el trabajo que ejecutaba.

La solidaridad con que nos veíamos asistidos por tantos entusiastas compañeros como venían a ayudarnos, hizo que creciera nuestro entusiasmo y decisión combativa, hasta el punto que públicamente invitamos a un mitin de controversia al célebre Emiliano Iglesias, el cual aceptó, convocándose el acto en la sala de baile La Bohemia, hoy Gran Price.

Pero el lugarteniente de Lerroux hizo que sus serviles fanáticos reventaran el mitin con sus gritos y sus amenazas contra los obreros tipográficos, porque en realidad, no se vio con arrestos para contender con ellos, y al día siguiente apareció *El Progreso* lleno de sapos y culebras contra nosotros, y proclamando que el pueblo ¡dichoso pueblo! nos había dado nuestro merecido repudiándonos y haciéndonos callar.

Pero Arte de Imprimir le dio una respuesta adecuada publicando en la prensa cuanto queríamos decir en el mitin y haciendo público el odioso atropello de que una cuadrilla de lerrouxistas había hecho víctima al compañero Bueso, de cuyas resultas sufrió una grave enfermedad que le retuvo en cama varios meses.

A los insultos y embustes diarios de la gaceta lerrouxista contestábamos nosotros diariamente desde *La Publicidad* con unos lacónicos comunicados con sólo tres párrafos numerados: 1.º, 2.º y 3.º.

Estos tres puntos sacaban de quicio a los plumíferos al servicio del logrero lerrouxismo, quienes no se avergonzaban de lamentarse en público de que un diario republicano nos prestara sus columnas para

que nos defendiéramos de los bajos e innobles ataques de que éramos objeto.

Con todo esto la huelga iba ganando en intensidad y extensión, para mayor desespero de nuestros enemigos.

Aprovechando los ofrecimientos de organismos obreros de la región catalana, se organizaron distintas excursiones de propaganda, con lo que el conflicto Arte de Imprimir—*El Progreso* adquirió volumen y categoría regional, no siendo sólo los intereses del diario lerrouxista los que estaban en litigio, sino los del propio partido en general, quien al enfrentarse con Arte de Imprimir sufrió el primer tropiezo serio en su triunfal carrera hasta entonces.

Hubo excursión en la que dimos tres mítines en un solo día: el primero, por la mañana, en Manlleu; el segundo, por la tarde, en Vich, y el tercero, por la noche, en Roda.

Durante la campaña llegó a nuestro conocimiento que Emiliano Iglesias había llegado en su estúpida presunción a afirmar en la redacción de *El País*, de Madrid, que la Federación Local Solidaridad Obrera sería lerrouxista dentro de unos meses, domiciliándose en la Casa del Pueblo, o desaparecería, afirmación a la que he hecho referencia anteriormente.

Esto acabó de enardecernos y hacernos comprender que el conflicto obrero ocurrido en los talleres de la gaceta de los chinos, como ya se llamaba a *El Progreso*, había sido provocado con la aviesa intención de enconarlo, darle expresión y aplastar a la Federación Obrera o enrolarla en el partido lerrouxista.

Para que se pueda tener idea de la pasión, desinterés y alteza moral con que se luchaba, os diré que, habiendo llegado enfermo un

compañero tipógrafo después de una excursión de propaganda, metióse en cama sin decir ni comunicar su estado a nadie.

Notando su ausencia los compañeros, al tercer día de no aparecer por el local social, se decidieron Romero y Galderich a ir a su casa y preguntar por él, enterándose entonces de que estaba en cama.

Al interrogarle respecto a la enfermedad que sufría, contestó el enfermo que no lo sabía, y al insistir los visitantes sobre lo que el médico hubiese diagnosticado, supieron que no había recurrido a los servicios médicos porque no tenía dinero para pagarlos.

Romero y Galderich volvieron al Centro Obrero y comunicaron a los compañeros presentes lo que ocurría; se abrió una suscripción que produjo una recaudación de 18 ptas., las cuales corrieron a entregar a la familia del compañero en cama, y con ellas se pudo llamar al médico que le atendió en su enfermedad, y una vez recobrada la salud volvió a la palestra con más coraje que antes.

Del dinero recaudado para la campaña contra «El Progreso» al principio y contra el partido lerrouxista después, no se distrajo un solo céntimo para otra cosa que no fuera la impresión de hojas, pago de los locales para los mítines, etc., excepto en el caso del compañero Bueso, en el que, teniendo en cuenta la gravedad de su enfermedad, se sufragaron los gastos de la misma y la convalecencia, de los fondos de la suscripción iniciada en el semanario *La Internacional*, órgano de los compañeros socialistas, no queriendo dejar de remarcar el hecho, que comprueba el ambiente creado en favor de Arte de Imprimir entre la opinión, de que los Dres. Rodríguez Méndez y Gasol, que asistieron al compañero Bueso, se negaron a cobrar sus honorarios, donando el importe de los mismos

para engrosar la lista de suscripción para el sostenimiento de la huelga.

Convencidos los capitostes lerrouxistas que Arte de Imprimir era un hueso demasiado duro para poderlo roer, y seguros de que no había probabilidades de que el asunto se resolviera a su favor, decidieron una maniobra para sacar el conflicto de la única jurisdicción de la Sociedad tipográfica, para que se ventilara por el organismo superior obrero, o sea, por la Federación Local Solidaridad Obrera, alegando que existiendo entre los compañeros de la Junta de Arte de Imprimir un estado de odio y de pasión contra *El Progreso* y el Partido lerrouxista, no era posible dar al conflicto una solución justa y equitativa.

Esta afirmación no era otra cosa que una nueva falacia, una granujada más de Emiliano Iglesias, pues su finalidad no era otra que movilizar contra Arte de Imprimir a los vergonzantes lerrouxistas emboscados en algunas Sociedades obreras federadas, para que como delegados pudieran concurrir a las Asambleas del organismo obrero federal y procuraran un acuerdo que desautorizara a los obreros tipógrafos, y en caso de no poderlo lograr, provocar una disidencia entre las entidades federales, arrastrando a la Casa del Pueblo a las disidentes, debilitando y desmoralizando de este modo a la Federación Local Solidaridad Obrera, que tanto temor les infundía.

No se puede negar que la maniobra era maquiavélicamente hábil e inteligente, pues, si Arte de Imprimir se negaba, quedaban patentes el odio, la inquina y la parcialidad contra los mal llamados republicanos radicales de que le habían acusado, pasiones que anteponía a la solución del conflicto, y si accedía, aceptaba la lucha en un terreno ventajosísimo para los truchimanes capitostes del

partido lerrouxista; pero, a pesar de todo, tomamos la decisión de poner la tramitación del conflicto en manos de la Federación Local.

Nombróse una Comisión, que, una vez estudiado el asunto, dictaminó a favor de Arte de Imprimir, dictamen que, como era de esperar, impugnó D. Emiliano, quien pidió que el manoseado asunto se tratara en Asamblea de la Federación Local, comprometiéndose a acatar la resolución recaída en la misma.

Ante esta promesa el Comité Federal tomó la determinación de convocar una Asamblea de delegados para acabar de una vez.

Los lerrouxistas aprovecharon los días anteriores a la fecha designada para la celebración de la misma para movilizar a todos sus adeptos, convencidos de que había llegado el momento de hacer el esfuerzo decisivo, y Arte de Imprimir y todos los obreros conscientes hicieron otro tanto, lo que hizo que el ambiente se caldeara hasta el máximo grado.

No todos los militantes estaban seguros de que Arte de Imprimir saliera bien de la lucha entablada, dadas las complicaciones y derivaciones ocurridas durante la misma.

También los había disgustados de que la Federación Local se hubiera hecho cargo del enojoso asunto, temerosos de que saliera perjudicada, moral o materialmente, por alguna posible disidencia, y reconvenían a Arte de Imprimir por no haber sabido sacrificarse antes de poner en semejante peligro al organismo obrero federal, reconvenciones que a nosotros los tipógrafos nos indignaban más que las argucias y trapacerías empleadas por los lerrouxistas.

Pero, en cambio, otros compañeros que hacía algún tiempo que habían dejado de hacer vida activa de militantes, acudieron a

ponerse a disposición de Arte de Imprimir para luchar a su lado incondicionalmente, como Avelino Artís, obrero tipógrafo, luego brillante comediógrafo, honra de la escena catalana, quien, entrando en Secretaría, me dijo:

—No soy anarquista, bien lo sabes; tengo mis ideas particulares sobre la cuestión social, pero antes que ver con pasividad las indignas maniobras lerrouxistas contra Arte de Imprimir y la Federación Local vengo a tomar parte en la lucha en las condiciones que sean.

Como otro obrero pintor, alto, delgado, cetrino, nariz aguileña, de mirada intensa y viva cuando la excitaban al entusiasmo y la indignación, y que yo no conocía, ni vi por el local social hasta aquel día en la Asamblea, cuando le oí apostrofar sarcásticamente a los defensores de *El Progreso*, diciéndoles que era una vergüenza el que hubiera obreros capaces de defender a los calumniadores y explotadores de los trabajadores, quizá con la esperanza de ser premiados con un «tall de bacallá». Esta fue su cáustica frase. Entonces el bacalao valía muy poco dinero.

Aquel obrero era Antonio Salud, con el cual desde entonces me han unido un fraternal sentimiento de compañerismo y una sincera amistad.

Después de enconado, pasional y largo debate, salieron derrotados en toda línea los lerrouxistas defensores de la Gaceta de los Chinos, pues la Asamblea acordó que Arte de Imprimir tenía razón.

Tampoco se dieron por vencidos esta vez los mangoneadores del lerrouxismo, y faltando a su palabra una vez más, como era costumbre en ellos, alegando mil subterfugios para no acatar el

acuerdo recaído en esta Asamblea, teniendo que celebrarse otra en la que también salieron derrotados ante una concurrencia numerosa de delegados y el local abarrotado de trabajadores que siguieron ansiosos todo el curso del debate.

Al no ser acatado el acuerdo por segunda vez recaído en contra del periódico lerrouxista ante todo el proletariado barcelonés, quedó patentizada la insolvencia moral de un partido que se llamaba defensor de los obreros.

Dándose cuenta el partido lerrouxista de la desairada situación en que quedaba y el ridículo que había corrido, y atribuyendo el desastre a la inferioridad mental y oratoria de los lerrouxistas enfrente de los defensores de Arte de Imprimir, salieron con la pretensión de celebrar una nueva Asamblea en la cual Emiliano Iglesias defendería en persona a *El Progreso*, a lo que accedieron los tipógrafos decididos a dejar de cuerpo presente, moralmente hablando, al segundón del partido lerrouxista en el salón de actos de la Federación Local Solidaridad Obrera, la misma entidad que en Madrid se había vanagloriado estúpidamente de llevarla a la Casa del Pueblo o aplastarla, sin soñar que el aplastado sería él.

Llegado el día de la Asamblea, tercera y última de las que tuvieron lugar, para tratar del conflicto entre Arte de Imprimir y *El Progreso*, comenzó el acto con el salón atestado hasta los topes de obreros, y el fantasmón de Emiliano Iglesias en el estrado, colocado a un lado de la mesa de discusión, con la impertinente prestancia del que está seguro de llevarse a todos de calle, y enfrente de él, sentados en la primera fila de sillas, la delegación tipográfica.

Memorable sesión la de aquella Asamblea; en ella Emiliano Iglesias pasó las más amargas angustias que puede pasar un hombre cuando se ve perdido.

El lugarteniente de Lerroux fracasó tan ridículamente como habían fracasado sus correligionarios en las Asambleas anteriores.

Perdió el color, y su rostro, con expresión de penoso desmayo, estaba humedecido por un agobio sin fin. La depresión de su ánimo llegó al extremo de descomponerse de tal modo que sufrió hasta vómitos, arrojando toda la bilis que le habíamos hecho tragar durante la campaña.

Al retirarse de la Asamblea seguido de sus incondicionales, después de una votación adversa a sus pretensiones, corrido y despachado, el pretendido obrerismo del partido lerrouxista quedó hecho jirones en medio de la sala; ya nunca más pudo presentarse como defensor de los obreros, pues le había sido arrancada la careta obrerista por los compañeros de Arte de Imprimir.

No sería la Federación Local Solidaridad Obrera la que se domiciliaría en la Casa del Pueblo, sino que serían los obreros los que abandonarían el partido lerrouxista para adherirse a las Sociedades federadas en el organismo local obrero.

No pasarían muchos meses sin que por otra actuación del organismo obrero barcelonés le sería arrancada al partido radical la careta de su fingido revolucionarismo, quedando al desnudo ante la opinión entera.

Todo el fanfarrón poderío del partido feudo del Emperador del Paralelo fue deshecho por la actuación de unos obreros que no contaron con otros medios que su decisión inquebrantable en la

dignificación de la clase trabajadora y la superioridad moral y ética de sus postulados emancipadores propagados en la tribuna y en la prensa.

IV

FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN REGIONAL SOLIDARIDAD OBRERA

Con la intensa propaganda llevada a cabo con los conflictos obreros sostenidos por la joven Federación Local Solidaridad Obrera, la influencia e importancia de la misma alcanzada entre los obreros y la opinión pública fue tal, que adquirió en fondo y extensión proporciones insospechadas hasta para nosotros mismos, lo que nos indujo a extender su radio de acción, y aprovechamos tan favorable circunstancia para convocar un Congreso obrero regional para constituir la Confederación Regional Solidaridad Obrera.

Dicho Congreso tuvo lugar en el Salón de actos de la Federación Local, y fue tal el número de delegados que tomaron parte en el mismo, que casi no quedó sitio libre de que disponer para que pudiera presenciar sus sesiones el público, muy numeroso, pues había despertado una verdadera expectación entre toda la clase obrera.

No quedó defraudado el gran interés despertado por el Congreso celebrado en el local de la calle Dormitorio de San Francisco.

Los temas a discutir lo fueron ordenada y brillantemente por la nutrida delegación local y los numerosos delegados llegados de

todas las comarcas catalanas, destacándose elementos de fuerte personalidad y clarísima inteligencia.

Recuerdo que el día de la inauguración de las secciones del Congreso, una hora antes, o cosa así, de dar comienzo la Asamblea, vi entrar un anciano que andaba como si previamente fuera tanteando el terreno, causándome impresión al considerar que a su edad y con las dificultades que había de vencer para orientarse, todavía le restara entusiasmo y voluntad para interesarse por las luchas del proletariado.

Levantéme del asiento y fui a ofrecerle mis servicios, pero aunque fueron agradecidos, no fueron aceptados, rehusados con mucha amabilidad, y con paso cauto y reposado escogió sitio entre el destinado al público y se sentó el anciano a quien me refiero.

Intrigado por su presencia, hice preguntas a algunos compañeros por si alguien le conocía y podía satisfacer mi curiosidad.

Aquel compañero era Juan José Morato, obrero socialista, que había sido uno de los adheridos a la gran Internacional, y en aquel entonces redactor del diario madrileño *El Herald de Madrid* cuyo periódico le había enviado para que hiciera el reportaje de las Sesiones del Congreso que se celebraba.

Deficiencias de la vista, debilitada por la edad, ocasionaban aquel su trabajoso modo de andar.

La presencia del compañero Morato patentizaba que la expectación despertada por la celebración del Congreso convocada por la Federación Local Solidaridad Obrera, había rebasado los límites de Cataluña y que toda España se interesaba por el mismo.

No era Morato el único internacionalista congregado en el local de la calle Dormitorio de San Francisco, pues, además del maestro Anselmo Lorenzo, venerable por aquella su gran bondad, preclara inteligencia y humanismo sin límites, había varios venidos de las comarcas catalanas, según se afirmaba entre la concurrencia.

Esto nos llenaba de noble orgullo y sincera satisfacción a los elementos jóvenes, reafirmando nuestra fe en los ideales emancipadores y nuestro afán de superación.

Al terminar las sesiones de aquel memorable Congreso quedó constituida la Confederación Regional Solidaridad Obrera, llamada a alcanzar la total hegemonía del proletariado catalán, y la admiración de toda España, como asimismo la del proletariado europeo, con su gran gesta revolucionaria en protesta de la guerra del Rif en el mes de Julio de 1909.

Pronto notóse la influencia de la naciente Confederación, pues en muchas comarcas catalanas se organizaron actos de propaganda que tenían por consecuencia la constitución de nuevas Sociedades obreras, las que una vez constituidas pronto tendían a federarse entre sí, creando organismos comarcales.

El despertar del espíritu de clase entre los trabajadores continuaba su marcha ascendente de modo magnífico.

En el Comité Regional se recibían diaria y continuamente numerosas demandas para que se mandaran compañeros delegados para tomar parte en los mítines y asambleas que se organizaban, y las excursiones de propaganda no cesaban.

Tampoco fueron pocos los conflictos sociales que ocurrieron, resueltos en su mayor parte a favor de los trabajadores, lo que

acrecentaba el entusiasmo de éstos y la preocupación de la burguesía y sus defensores, las llamadas autoridades.

Aquella dinámica actividad obrerista obedecía solamente a una emoción sentimental, de entusiasmo colectivo de los obreros, pero sin verdadero contenido idealista, sin criterio revolucionario, y para que plasmara en lo posible en un estado consciente y emancipador se fundó el Ateneo Sindicalista, que actuando al margen de las Sociedades obreras, pero domiciliado en el local social de éstas, ofrecería su tribuna a los compañeros propagadores del Sindicalismo revolucionario, en vistas a facilitar la creación de nutridas minorías de anarquistas sindicalistas que orientaran consciente y revolucionariamente aquel esplendoroso movimiento.

V

LA REVOLUCIÓN DE JULIO DE 1909

Así como el éxito de la Federación Local Solidaridad Obrera sugirió la idea de fundar la Confederación Regional, el obtenido por ésta y la anterior sugirió la de extender el radio de acción del proletariado catalán al resto el proletariado español, y en una Asamblea se tomó el acuerdo de convocar un Congreso nacional para constituir una Confederación obrera integrada por los organismos obreros de las regiones españolas, Congreso que no pudo celebrarse en la fecha acordada, por los sucesos ocurridos en Barcelona a consecuencia de la trágica invasión del territorio africano del Rif por el ejército alfonso, empujado por la plutocracia española, ansiosa de rapiña, para desposeer a los rifeños de su libertad y de sus propiedades y riquezas naturales.

La gallardía gloriosa del proletariado catalán mereció la admiración universal y dio a sus organismos sindicales categoría y rango europeo.

Por aquel entonces usufructuaba el poder el partido maurista con Maura en la presidencia del Gobierno y el victimario La Cierva, el jaque y cacique murciano, en el ministerio de la Gobernación.

Con el pretexto de cumplir el célebre tratado de Algeciras, pero con el verdadero propósito de apoderarse de unas ricas minas

carboníferas del Rif, ambicionadas por una pandilla capitaneada por el truchimán Conde de Romanones, y secundada, con su cuenta y razón, por Alfonso XIII, el mico coronado, como le llamó Laissant, y el primer agricultor, el primer industrial, el primer ciudadano, etc., etc., como le llamaban sus rastros corifeos, y el primer trapisondista, como podemos decir nosotros, se decidió la invasión del territorio rifeño, a lo que se opusieron con las armas en la mano los invadidos, quienes ya en los primeros sucesos de la campaña inflingieron muy seria derrota al ejército alfonsino, destrozando la columna del coronel Cabrera, matando a éste y apoderándose de las armas, municiones, ganado y de todo avituallamiento de la columna.

Los organismos obreros de Cataluña se opusieron desde el primer momento a la aventura militar alfonsina, comenzando una enérgica campaña de agitación que rápidamente fue secundada por todo el proletariado y recibida con gran simpatía por la opinión pública.

En Madrid hubo violentas reacciones de los obreros madrileños con motivo del embarque de la columna del general Pinto, la misma que había de ser aniquilada en el fatídico Barranco del Lobo, hecatombe que originó la revolución del mes de julio de 1909 del proletariado barcelonés.

En Barcelona el pueblo intentó impedir el embarque de las tropas expedicionarias, y en Zaragoza las mujeres llegaron en su viril protesta al heroísmo de tenderse sobre los rieles de la vía para impedir la salida de los trenes militares.

Como, dada cuenta de la actuación de las autoridades, los obreros comprendieron que no querían desistir de llevar a cabo la guerra iniciada en tierras africanas, decidieron obrar en consecuencia y jugarse el todo por el todo, convocando una reunión clandestina de

delegados en el local social de la Federación Local Solidaridad Obrera, en cuya reunión fue acordado proclamar la huelga general revolucionaria y nombrar un Comité de huelga para llevarla a cabo.

Esa reunión de delegados tuvo lugar en un día festivo, un domingo por la noche, y para no llamar la atención policíaca, el Ateneo Sindicalista simuló celebrar una conferencia a cargo del compañero Casasola, profesor de la Escuela Moderna, la que se alargó tanto como se pudo, y terminada que fue, anuncié, como Secretario General del Ateneo, otra para el domingo siguiente, que bien sabía yo que no tendría lugar de celebrarse.

El local estaba atestado de compañeros en espera de los acuerdos que tomara el Comité, y a las dos o a las tres de la madrugada se nos comunicó el acuerdo de huelga para aquel mismo día, o sea, lunes, y los delegados salimos del local dirigiéndonos cada uno a su destino a procurar que el acuerdo fuese cumplimentado.

Antes de abandonar el local me comunicaron que, como Presidente del Arte de Imprimir, había sido nombrado adjunto del Comité de huelga como elemento de enlace.

El paro fue casi unánime durante toda la mañana del lunes y por la tarde se generalizó totalmente.

Las calles estaban inundadas de obreros que discutían con viveza y pasión los acontecimientos, y las autoridades estaban atemorizadas, guardando una actitud de forzada cautela.

Según los rumores que circulaban, el fundador de la Escuela Moderna, Francisco Ferrer, había estado en la Casa del Pueblo, instando al partido lerrouxista para que cumpliera con sus deberes

revolucionarios solidarizándose con las fuerzas obreras en la acción revolucionaria que había iniciado.

Pero la doblez y demagogia de aquel partido se hizo patente en aquellos momentos decisivos en que la heroica tragedia iba a iniciarse, y los capitostes lerrouxistas se manifestaron tal cual eran al arrojar del local, grosera y cobardemente, al insigne pedagogo y gran revolucionario.

No quiero cometer la injusticia de dejar de decir que, a despecho de la traición de sus jefes, no todos los obreros lerrouxistas se mostraron tan cobardes como ellos, pues fueron en gran número los que se unieron a sus hermanos en explotación de la Federación Local, luchando en las barricadas y otros sitios de combate con idénticos coraje y entusiasmo.

Cara costó a los directivos del partido lerrouxista su felonía, agravada después con sus declaraciones ante el tribunal militar, sobre todo con las delaciones de Ardid y Emiliano Iglesias, que llevaron a Ferrer Guardia ante el piquete de ejecución.

Unos meses antes una Asamblea obrera les había arrancado la careta de su mentido obrerismo, y al ser arrojado ignominiosamente de la Casa del Pueblo el fundador de la Escuela Moderna, éste les arrancó la careta de su falso revolucionarismo que tanto habían explotado para embaucar a los revolucionarios sinceros que tuvieron la candidez de tomarlos en serio.

El partido lerrouxista fue en esta ocasión herido de muerte; dejó de ser, y para siempre, un partido popular, quedando reducido a un conglomerado de trepadores políticos al cual dejó de alimentarle la savia popular.

Iniciada su decadencia, ya no vivió más que de combinaciones y pactos vergonzosos y caciquiles con los demás partidos, y sostenido solamente por el favor gubernamental.

Su jefe fue un agente secreto de Moret, después el partido lo fue de Canalejas, quien en pago les entregó el cacicato de Barcelona, creyendo cándidamente que los lerrouxistas eran un dique contra el separatismo de ocasión de la Lliga Regionalista y el sindicalismo revolucionario de los obreros catalanes.

Pero volvamos a nuestro asunto.

Me dirigía en la mañana del lunes hacia la calle Dormitorio de San Francisco para entrevistarme con el Comité de huelga, cuando al llegar a las Ramblas encontré un grupo de compañeros, y uno de ellos, llamado Alsina, que pertenecía a la Junta de Arte de Imprimir, me dijo que fuese al local social donde me esperaban los compañeros del Comité.

Perdí el viaje, pues en cuanto llegué ya se habían marchado, y no vi a ningún compañero a quien me pareciera prudente preguntar si sabía dónde podría encontrar a los compañeros de dicho Comité.

Volví de nuevo a la calle, y saliendo a las Ramblas, las remonté hasta llegar a la Plaza de Cataluña, donde me enteré que había una reunión de compañeros en el Parque de la Ciudadela, en el sitio conocido por la Fuente del Chato.

Hacia allí me dirigí por si la dicha reunión obedecía a algún acuerdo del Comité y podía entrevistarme con los compañeros que lo componían.

Al llegar al Arco del Triunfo me crucé con un grupo de obreros, en su mayoría tipógrafos, a quienes pregunté si sabían algo referente a

la reunión en cuestión, y me enteré de que ya había tenido lugar, pues de ella venían, y que el Comité de huelga nada había tenido que ver con ella.

Esta reunión en la cual no estuve presente, como se comprenderá por lo que explico, fue el motivo en que se basó mi detención posterior, fundada en un anónimo recibido por el Comisario de policía Carbonell, aquel compinche de Millán Astray, por lo que siempre recelé que el delator iba entre aquel grupo.

Volví sobre mis pasos y recorrí durante todo el día las calles de la ciudad sin lograr poder orientarme para poder ver a los compañeros del Comité, de los cuales no volví a tener noticia hasta el día siguiente.

Salí de casa y al llegar a las Ramblas supe que se había celebrado una reunión de autoridades en la cual se había acordado destituir al Gobernador, que lo era Osorio y Gallardo, y proclamar el estado de guerra, haciéndose cargo del gobierno de la ciudad el Capitán General, y no hay que decir que la primera medida que se tomó fue la clausura de los locales ocupados por los organismos obreros.

Seguí Rambla arriba y cuando por la calle del Hospital me dirigía a las Rondas, unos compañeros, que por la trazas iban a cumplir alguna misión especial, pues caminaban rápidamente y excitados, me dijeron que fuese a la cervecería de la Plaza de Sepúlveda, que entonces, o después, se llamaba Restaurant Patria, pues el Comité de huelga estaba reunido en dicho establecimiento y me esperaban.

Tampoco esta vez me acompañó la fortuna, pues no bien llegué a las Rondas oí un gran zafarrancho de tiros y vi una de carreras en todas direcciones que me obligó a cambiar de dirección, marchando hacia la Plaza de la Universidad con intención de tomar la calle de

Cortes y por ella dirigirme al ya dicho establecimiento bajando por la calle de Muntaner, de lo que tuve que desistir por estar tomadas todas las bocacalles por la fuerza pública.

Sin saber a punto fijo a dónde dirigirme, retrocedí subiendo hacia el Ensanche y al llegar a la altura de la calle de Consejo de Ciento oí un regular alboroto de gritos y carreras, con el consiguiente cierre de puertas.

Adéntreme calle adelante y al llegar al cruce con la de Borrell, vi en medio de la calzada un hombre alto, recio, de una mediana edad, destocado, con las mandíbulas apretadas como si tascara un freno, las manos en el bolsillo y andando pausadamente, y detrás de él un guardia civil de caballería que le seguía, encabritando al caballo, y las riendas tirantes sujetando al animal, y como quien dice, pisando los talones al obrero en cuestión.

—¡Márchese —gritaba el guardia—, que le voy a desgraciar!

Y el obrero, sin hacerle caso, seguía con su paso cabezudo.

—¡Le digo que se retire! —volvió a gritar con tono irritado el guardia—, ¡y se lo digo por última vez!

La tragedia se mascaba en el ambiente, y una visión angustiosa, fugaz, como si hubiera visto caer el sable sobre el obrero y sangrar su cabeza o su cuerpo herido, revolviéndose airado contra su agresor, cruzó por mi mente.

Inconscientemente, sin saber lo que hacía, por lo menos puedo asegurar que el hecho no precedió a la idea de realizarlo, abandoné la acera y me dirigí al grupo.

El guardia seguramente supuso en mí un propósito agresivo y maniobró para echarme el caballo encima, pero soslayé el encuentro

y llegando a donde estaba el obrero, le cogí por el brazo, empujándole hacia la acera.

No sé lo que le dije ni cómo se lo dije, pero se dejó arrastrar, me siguió calle abajo, y a media manzana se paró en seco, se revolvió airado mirando calle arriba y lanzando una sorda imprecación entró en una escalera y trepó hacia arriba.

No he vuelto a ver a aquel hombre, a aquel obrero carretero, como yo supuse, aunque no sé por qué, no sé tampoco si le hubiera reconocido de haberle vuelto a ver, pero aquel suceso no lo he olvidado jamás.

El guardia nos observó un corto espacio de tiempo, plantado en medio de la calzada, y al ver que seguíamos calle abajo volvió grupas y desapareció.

Continué yo mi camino y sin idea fija sobre a dónde dirigirme, llegué a la calle de Cortes, seguí hasta la Plaza de España y por la hoy Avenida de Francisco Layret llegué hasta la calle Nueva, y por ella descendí en dirección a las Ramblas.

Al llegar a la altura de la calle de San Ramón oí un nuevo alboroto de gritos, carreras y ruido de puertas cerradas con estrépito.

Entré en dicha calle al propio tiempo que en dirección contraria venía corriendo al trote un vehículo de los destinados al reparto de carnes y completamente vacío, porque había sido asaltado momentos antes, hecho que había dado lugar al alboroto que os cuento.

Aquel día los vecinos, o parte de ellos, tuvieron ocasión de comer carne y a precio muy económico.

Andaba yo ya por mitad de la longitud de esta calle cuando se abrió la puerta de una escalera y vi aparecer una mujer de rostro entre espantado e indignado con el cuerpo inclinado hacia adelante en la actitud del que hace un gran esfuerzo para arrastrar algo muy pesado, y ¡zas!, con un gesto violentísimo, arrojó un carnero entero en medio del arroyo, y rápida volvió a la escalera, cerrando la puerta tras ella.

Aquella buena mujer no debía de gustar de comer carne a buen precio, de cuya opinión no debía participar alguno de los espectadores del suceso, porque el tal carnero desapareció como por encanto, pues tan pronto le vi como no le vi, sin que pueda decir quién o quiénes se lo llevaron, ni por dónde.

Seguí calle adelante hasta entrar en la de San Sadurní y a poco oí que alguien me llamaba.

Levanté la vista y vi en el balcón de un tercer piso a un compañero llamado Esteve, del Ramo de la Piel, que había pertenecido al Comité federal, que me invitaba a subir, invitación que acepté, pues seguramente dicho compañero desearía saber noticias y yo sentía necesidad de un poco de descanso y sosiego.

Al poco tiempo de empezada nuestra conversación, oímos grandes exclamaciones, vivas y aplausos.

Salimos al balcón a inquirir a qué se debía el jolgorio y vimos subir calle arriba, pegados a las casas, con paso azaroso, rápido e incierto, a unos soldados, acompañados por un oficial, más que mandados, y que desaparecieron por el Pasaje de San Bernardino, seguramente en ruta hacia las Rondas.

¡Qué cosa más compleja es la psicología del ente llamado pueblo!
¡De ese conjunto de seres llamado por antonomasia pueblo y que en concreto y en detalle nadie ha podido especificar!

En aquella mañana aplaudía al ejército, al instrumento de opresión de sus explotadores, de sus tiranizadores, y al día siguiente, o en aquella misma tarde, vibraría al unísono, compenetrado en cuerpo y alma con los revolucionarios, con los obreros que harían tronar los fusiles tras las barricadas combatiendo con fiebre entusiasta a ese mismo ejército.

Abandonamos el balcón una vez desaparecida la patrulla explotadora y seguimos la interrumpida conversación.

No sé cuánto tiempo llevaríamos hablando, aunque no sería mucho, cuando de nuevo se oyeron voces y gritos que subían desde la calle. Volvimos a salir al balcón, pues nuestra nerviosidad no nos permitía quedarnos sin averiguar lo que ocurría.

La calle estaba inundada de gente que gesticulaba y gritaba ante la gran portalada del edificio frontero al balcón donde estábamos.

A poco vimos salir de dicho edificio hombres armados de viejos fusiles Remington, sables mohosos, correaes, cartucheras llenas de municiones y prendas de antiguos uniformes militares.

Aquel edificio era el cuartel de los veteranos milicianos, y los obreros que se habían apoderado de las armas eran los que al día siguiente en las barricadas harían resonar ante España y Europa entera la viril protesta del proletariado catalán contra la guerra de conquista empezada en el Rif por el Gobierno alfonsino.

En aquel momento se escribían las primeras palabras de un nuevo capítulo en la historia proletaria, el capítulo heroico, llamado a tener influencia en la esfera internacional a más de la nacional.

Por la tarde las calles se erizaron de barricadas que cerraban todas las encrucijadas e impedían el acceso de las fuerzas gubernamentales que pudieran venir desde las Ramblas o desde las Rondas.

Densas columnas de ennegrecido humo remontaban el espacio desde los conventos e iglesias incendiados por el pueblo en plena insurrección.

La lucha había empezado.

La barricada levantada enfrente de la puerta del Hospital, en la calle del mismo nombre y que cerraba la calle de Robador, fue una de las en que más bravamente se batió el cobre, impidiendo el paso a las fuerzas que desde las Ramblas pretendían entrar en aquel barrio, sin que pudieran pasar de la Plaza de San Agustín, donde las tuvo clavadas el plomo vomitando por los fusiles que defendieron la dicha barricada mientras duró la lucha revolucionaria.

Los balazos de la guardia civil levantaban nubecillas de tenue polvillo al chocar los proyectiles contra los adoquines que constituían el parapeto.

Un compañero cometió la imprudencia de levantarse y quedar derecho en la acera del Hospital, cuando, seguramente divisado por los guardias civiles apostados en la plaza antes dicha, iniciaron un vivo tiroteo, ansiosos de hacer blanco para saciar el furor que sentían por las bajas sufridas por los disparos salidos de la barricada heroica, a la que no podían ni pudieron dominar.

El instinto aconsejó a aquel compañero aplanarse contra la pared y resguardarse ligeramente con los salientes de los adornos arquitectónicos de la fachada, dejándose resbalar hacia el suelo sin la menor inclinación del cuerpo, hasta que quedó sentado sobre la acera y a cubierto de los disparos enemigos, librando su vida del odio de los sicarios de la burguesía.

En dicha barricada se distinguió otro compañero por un fervor revolucionario extraordinario y una combatividad que no daba descanso al viejo remington que empuñaba.

Era de buena estatura, joven, bien formado, moreno, y había venido pocos meses antes de una comarca catalana, de la que no recuerdo el nombre.

Siempre tenía el fusil apuntado; no parecía sino que no tenía otra obsesión que disparar, cargar, apuntar y volver a disparar.

Sobre la ennegrecida y sudorosa frente le caían mechones de un pelo negro como azabache, que a veces le obstaculizaban la vista y que él apartaba con un enérgico movimiento de cabeza hacia un lado, y su mirada volvía rápidamente al punto de mira de su fusil.

Meses después de los sucesos revolucionarios, ya en libertad los compañeros que no habíamos llegado a ser sentenciados, le vi en el Centro Obrero de la calle de la Merced.

Estaba entre un grupo de compañeros actores en los pasados sucesos revolucionarios y que se contaban su respectiva participación en los mismos.

Pero mi obrero escuchaba y callaba; no decía ni dijo palabra durante aquella animada conversación.

Casualmente me vio, y al notar que estaba observando a los que hablaban con aquel impremeditado entusiasmo, estando aún tan recientes los sucesos ocurridos, vi brillar en sus ojos como un destello de inteligencia y muda comprensión, y en sus labios una ligera contracción como inicio de sutil sonrisa escéptica.

¡Extraordinario tipo! —me dije mentalmente—. Es un auténtico revolucionario, con revolucionarismo de oro puro, sin aleación ni mezcla de ninguna clase.

Otro compañero a quien creo de justicia no dejar de mencionar, aunque por motivo idéntico habría de mencionar a muchos más, si bien desconozco personalmente su actuación, fue uno de quien se hablaba entre los corros de vecinos que en las aceras y puertas de escaleras y tiendas comentaban el curso de la lucha, y del cual decían era el jefe, porque le veían recorrer las barricadas y hablar con sus defensores.

Contaban que era un hombre alto, bien formado, de facciones regulares, sonriente, afable y amable en sus conversaciones con los vecinos que formaban los dichos corros.

Decían que era el jefe e iba tocado con un jipi de tamaño regular, detalle por el cual era conocido.

Por estas señas y detalles comprendí quién era, y creo que no me equivoqué, y aunque yo no me tropecé con él, ni después de los sucesos me habló ni le pregunté nunca nada referente a los mismos, tengo la certidumbre de que era quien yo suponía, pues sabía que en momentos revolucionarios era un punto fuerte, un elemento de gran valía; siento que en otros aspectos de la lucha social no tuviera tan relevantes cualidades.

Este buen revolucionario, este militante de los de ayer, es Francisco Miranda.

Lo fuerte y vivo de la lucha duró dos o tres días, si no me falla la memoria, durante los cuales los obreros dominaron totalmente la situación.

Aún está viva en mí la extraña sensación que me causaba oír el grito del «¡quién vive!» en la oscuridad de la noche silenciosa, lanzado por los compañeros que montaban guardia en las barricadas.

Este «¡quién vive!» fue la causa de la detención de algunos compañeros por la delación de confidentes que reconocieron su voz, como le ocurrió al compañero Ginés y a la compañera del tipógrafo Romero, que montaron la guardia en la barricada que cerraba la calle de Robador con la de San Pablo, delatados por un miserable barbero a quien premiaron su delación con una credencial de agente policíaco y cuya felonía ocasionó que los compañeros dichos fueran condenados a la pena de muerte, sentencia que no llegó a ejecutarse gracias a la reacción de la opinión pública contra los poderes constituidos y lograda con la campaña pro-presos llevada a cabo por el proletariado entero, nacional e internacional.

Ninguna barricada fue tomada, ni la revolución vencida por las fuerzas gubernamentales.

La revolución terminó cuando se terminaron las municiones, y la última palabra la lanzó el último estampido del último cartucho quemado.

La orden de evacuación de las barricadas la dieron las cartucheras vacías; de no haber sido así, nadie puede decir los alcances que hubiera tenido la revolución del mes de julio de 1909.

Se acercaban las horas trágicas de la feroz represión, tan ansiada por la cobarde clase patronal que había visto en peligro sus odiosos privilegios.

Al día siguiente del abandono de las barricadas, bien seguros de que no iban a tropezar con los revolucionarios, dieron suelta a la jauría policíaca, bien resguardada y escondida mientras las barricadas bramaban de coraje revolucionario, y dio comienzo a la represión.

Los bellacos redactores de *La Veu de Catalunya* lanzaron su infame ¡Delateu!, y su enjambre de encanallados delatores entró en funciones.

Agentes provocadores indujeron a algunos desdichados a que entraran en los conventos abandonados y se apoderaran de lo que encontraban, bien ajenos, los idiotas, de la celada que les habían preparado y de que al salir iban a ser alevosamente ametrallados por la guardia civil que acechaba su salida.

El jesuítico espíritu de los montadores del tinglado represivo necesitaba que existieran actos de pillaje para poder acusar de ello a los militantes obreros que cayeran en su poder, a quienes en su odio salvaje querían aniquilar, aplicándoles las más rigurosas penas que permitiera el Código de la llamada justicia militar.

He aquí el motivo oculto del por qué se dio ocasión a este saqueo de algunos conventos cuando ya la ciudad estaba en poder de las

autoridades, cosa que no ocurrió durante los días en que los revolucionarios fueron los dueños de la situación.

Yo no me hacía ilusiones; sabía que la burguesía nos cobraría a los obreros muy caros los días de terror y espanto que les habíamos hecho pasar.

Así es que daba por descontado que, no teniendo medios ni posibilidad de escapar, sería uno de los detenidos, y como única defensa pensé en buscar una coartada.

Me acordé de que un hermano mío trabajaba en un taller de lampistería de la calle de Amalia, a cuyos dueños conocía por haber ido alguna vez a buscar a mi hermano.

Fui a visitarles y les expuse mi situación y el propósito que me llevaba a su casa, que no era otro que preguntarles si me autorizaban para decir, en donde fuese preciso y cuando el caso llegara, que durante los días de la revolución había estado en casa por las mañanas y por las tardes, pasando las horas comentando los sucesos y jugando al dominó o a los naipes.

Contestóme el dueño del taller que sí, y en la forma que convinimos, y entonces le rogué que llamara a su esposa y la pusiera al corriente de mi ruego, y sabedora la buena señora de lo que se trataba, dio igualmente su conformidad.

No se me ocultaba lo que en aquellas circunstancias representaba para aquel bondadoso y honrado matrimonio prestarme solidaridad que me atreví a pedirles; por eso mi agradecimiento durará mientras viva, pues cumplieron su palabra, ya que llegó el caso de cumplirla.

Después de esto ya no me restaba otra cosa que esperar los acontecimientos.

Fui detenido, como ya tenía previsto, pero el tiro no me vino por donde yo me esperaba.

VI

LA REPRESIÓN DE LOS SUCESOS DE LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Una vez que fueron desalojadas las barricadas por los revolucionarios, abandonadas o escondidas las armas por los obreros, la ciudad quedó en posesión de las autoridades y de los pacos, quienes desde los campanarios de las iglesias y otros establecimientos religiosos de las iglesias tenían en tensión los nervios del vecindario con sus continuos disparos, disparos que no tenían otra finalidad que hacer creer a éste que los autores de estos disparos no eran otros que los revolucionarios, y que fuesen tenidos como enemigos irreconciliables de la tranquilidad pública, y por lo tanto, dispuestos a impedir que se restableciera la normalidad, y que reaccionando contra ellos toda la opinión, dejara a los victimarios las manos libres para llevar a cabo impunemente la feroz y salvaje represión que se proponían para vengarse de los miedos y terrores pasados durante los días en que los obreros batieron bravamente el cobre en las barricadas.

No perdonaron medio alguno, por indigno y miserable que fuese, con tal de lograr su propósito, el de acabar de una vez y para siempre con los organismos sindicales y sus afiliados, propósitos que les salieron fallidos una vez más, pues si la ferocidad de los elementos explotadores y reaccionarios alcanzó límites desconocidos, la entereza de los obreros no fue menor, y su aguante

y resistencia alcanzó igualmente límites que jamás pudieron sospechar las autoridades, la clase patronal ni los canallas plumíferos, envenenadores de la opinión pública desde la prensa diaria, como los autores de aquel infame ¡Delaten! lanzado desde las columnas de *La Veu de Catalunya*, el bellaco órgano de la Lliga Regionalista.

Las cuadrillas policiacas, ayudadas de otras compuestas de soplones, confidentes y policías honorarios, trabajaban día y noche, con un fervor y entusiasmo digno de su instinto de perro pachón y de su moralidad baja y rastrera.

El odioso, clerical y reaccionario Comité de Defensa Social, compuesto por los más destacados jesuitas de levita, trabajó a toda presión y máximo rendimiento.

Las detenciones de obreros fueron hechas a granel; todo aquel que tenía odios que saciar, venganzas que satisfacer, pudo ver cumplidos sus deseos con sólo hacer una delación.

El terror se adueñó de la Barcelona obrera; nadie clamaba por los detenidos ni condenados, y era comprensible, pues era tan inusitada, que era preciso tener un valor nada común para atreverse a levantar la voz y exponerse a ser encarcelado.

El miedo y el odio cegaron de tal manera a los represores, que llegaron a dictar bandos absurdos, a más de dictatoriales, en los que incluso se prohibía asomarse a ventanas y balcones después de las nueve de la mañana, y a más se ordenaba que por la fuerza pública «se disolvieran las personas que se estacionaran en la calle», garrafal lapsus que formaban pendant con aquel otro célebre del juez Marzo, quien pidió al tribunal que «cerrando los ojos a la razón» condenara

a las víctimas del horrible complot tramado por él y el célebre capitán Portas contra los mártires del proceso de Montjuic.

Cárceles y cuarteles estaban repletos de detenidos, hasta el punto de que llegó a ser un verdadero problema, y de difícil solución, encontrar sitio donde dar cabida a todos los detenidos.

Esta dificultad frenó las actividades de los perseguidores, hizo que no se hiciera tanto caso de las delaciones de los soplones, y muchos obreros salieron beneficiados, pues a la dificultad de alojamiento debieron el no haber sido encarcelados y procesados.

Un estado de terror, de recelo y desconfianza llenaba el ambiente, planeando sobre la ciudad como una nube asfixiante.

Para ver a los presos en la Cárcel Celular (a los detenidos en el Castillo de Montjuic no estaba permitido visitarles), era preciso dar el nombre, apellidos y domicilio, y el que esto hacía, al día siguiente sufría un registro en su casa.

Si el preso a quien se quería ver era conocido por sus ideas sindicalistas y libertarias, el visitante quedaba detenido en el acto, si no era familiar del encarcelado.

Para remachar más el clavo, tres diarios barceloneses, de ideas liberales, fueron suspendidos en su publicación, y algunos de los que se publicaban, ante la amenaza de la suspensión, no se atrevían a decir nada en contra de tan bárbaro estado de cosas.

Claro está que no hay que incluir en estos últimos a los diarios carlistas y a los sacristanescos, los disfrazados de independientes, ni al encanallado *La Veu de Catalunya*, pues todos estos se bañaban en agua de rosas con lo que pasaba.

En la tarea persecutoria se distinguió notablemente un asqueroso invertido, conocido por «El Chato» y porque tenía menos nariz que vergüenza, y vergüenza no tenía casi ninguna.

Este tipo, entonces o luego, fue el perro incondicional de otro policía que se hizo célebre en Barcelona, un vago de profesión y chulo de condición, bravucón de puro cobarde, llamado Bravo Portillo.

Los reaccionarios y plutócratas cobijados en la canallesca Lliga Regionalista y en el todavía más canallesco Comité de Defensa Social, se propusieron sacar la mayor tajada posible de la represión que en aquellos días se llevaba a cabo, y no satisfechos con pretender aplastar a los obreros revolucionarios y sus organismos sindicales, se propusieron aprovechar la ocasión que se les presentaba para liquidar al propio tiempo las cuentas que tenían pendientes con el partido lerrouxista, deteniendo a sus capitostes, procesándoles y soplándoles una condena que les retuviera entre rejas unos cuantos años, que los lligueros aprovecharían para dispersar el partido y aventar totalmente todos sus componentes.

Para soslayar este peligro en lo que les fuera posible, los dirigentes del lerrouxismo, acuciados por su cobardía, cometieron la bellaquería de ordenar a algunos de sus secuaces, a sus incondicionales, tan cobardes y descarados arribistas como ellos, que esparcieran entre la opinión la especie de que en el movimiento revolucionario no había tenido arte ni parte el partido acaudillado por el Emperador del Paralelo, que todo había sido obra exclusiva de la Federación Solidaridad Obrera, y que la responsabilidad debía recaer únicamente sobre los obreros sindicados y sus organismos de clase.

Con tal de salvarse ellos no tuvieron escrúpulo ni remordimiento de conciencia en abandonar a sus suerte a sus correligionarios, a los republicanos sinceros, a los que por no negar el revolucionarismo propagado en mítines, conferencias y campañas de prensa por el partido a que pertenecían, se unieron a los obreros sindicalistas, batiéndose como los buenos a su lado con las armas en la mano.

Esta indigna y vergonsoza actitud no fue obstáculo para que, una vez los obreros con su Comité y campaña Pro-presos lograron parar en seco la represión burguesa, derribando al Gobierno Maura—La Cierva, y levantar el espíritu público, se adhirieran a la misma, y con el descaro que siempre caracterizó a los directivos lerrouxistas, proclamaran en mítines y actos públicos su participación en la gesta revolucionaria obrera del mes de julio, que antes cobardemente habían negado.

Y tiempo adelante, creyéndose reivindicados por su adhesión a dicha campaña y por la suscripción abierta en las columnas de *El Progreso* para contribuir a la establecida por la Comisión Pro-presos, pretendieron adjudicarse el título de coautores en el movimiento pasado, y a más, para colmo de los colmos, dieron en la flor de conmemorar los aniversarios del fusilamiento de Francisco Ferrer, al cual habían traicionado y vendido, con peregrinaciones al cementerio civil y discursos necrológicos en honor del mártir educador de las multitudes proletarias y en uno de estos farisaicos actos se atrevieron a proclamar en una ocasión que Francisco Ferrer era lerrouxista, atrevimiento que llenó de indignación a los compañeros allí presentes, entre ellos Emilio Salud, quien no pudiendo resistirse apostrofó al desahogado orador acusándole de falsear los hechos además de difamar al fundador y sostenedor de la

Escuela Moderna, quien no había sido lerrouxista jamás, sino un verdadero revolucionario, gran educador y reformador.

La acusación del compañero Emilio Salud dejó a los capitostes lerrouxistas en la más corrida y ridícula de las posiciones, lo que les hizo saltar de sus casillas, y Calderón Fonte, una especie de «niño litri», de la redacción de *El Progreso*, dijo a gritos que el compañero Emilio Salud era un agente de los jesuitas, excitando a sus secuaces con grandes voces de «¡Matadle!», lo que ocasionó una reyerta en la que sonaron varios disparos, de los que resultó herido un caballo de un guardia civil, y a consecuencia de ello fueron detenidos y encarcelados algunos compañeros, entre ellos Carbó, Termes y Miranda.

Continuando el relato de los sucesos, motivo de mi conferencia, diré que era tan intensa la depresión moral producida por la represión burguesa con las delaciones de los soplones, las detenciones a granel y las condenas de quince, veinticinco y treinta años y cadenas perpetuas, que los compañeros nos guardábamos de hablar de los sucesos pasados todo cuanto nos era posible, excepto cuando éramos todos conocidos y no había nadie extraño a nuestro alrededor.

Recuerdo que un día, terminada la jornada de trabajo, salí de la imprenta donde trabajaba en compañía de un compañero llamado Álvarez, que era Secretario de Arte de Imprimir en la misma Junta de que yo era Presidente, por lo que aprovechábamos las salidas del taller para tratar de asuntos relacionados con la Sociedad.

El día era nubloso, desapacible y tristón, y al pasar por las Ramblas, no bien hubimos llegado a la de las Flores, cuando se originó una lluvia torrencial, tan nutrida y compacta, que formaba

una verdadera cortina que no dejaba divisar nada a ocho o diez metros de distancia.

No será preciso decir que en solo unos minutos quedó la vía pública limpia de transeúntes y cubierto el paseo central de una alfombra de hojas desprendidas de los árboles por la violencia de la lluvia.

Mi compañero inició la natural escapada en busca de refugio donde guarecerse de la catarata de agua que desde las nubes caía sobre nosotros dos, los únicos seres humanos en las Ramblas en aquellos momentos, pero al ver que yo no le seguía, volvió sobre sus pasos, diciéndome con extrañeza y con un si es o no es, enfado:

—Pero y ¿es que no te das cuenta de que vamos a quedar hechos una verdadera sopa?

—Ya lo creo —le contesté. No te entretengas y retírate, pues yo voy perfectamente bien por el paseo a despecho del agua que cae. Hace días, compañero Álvarez, que no gozaba de momentos tan tranquilos y sosegados.

Y continué mi camino, pero no solo, pues Álvarez no quiso dejarme, y llevándome la corriente consintió en que continuáramos la conversación.

Mejor que a despecho del agua podía haberle dicho que iba perfectamente bien «a causa del agua», pues merced a ella podía hablar libremente, sin recelos ni temores, y sin poner sordina a mis palabras.

Y nadie que no haya soportado una situación como la nuestra en aquellos días, podrá hacerse cargo, por rica que sea su imaginación, del bienestar que se siente, el goce, el placer, la alegría que llena

todo nuestro ser al sentirse libre y seguro de todo temor y de toda angustia, al saberse no espiado, ni vigilado por soplones, confidentes y policías.

VII

ORIGEN DE LA COMISIÓN Y CAMPAÑA PRO-PRESOS

Pero así como un gran pesar hace olvidar otro menor, y un clavo saca otro clavo, el terror, no diré la indignación, que sacudió nuestro cuerpo al tener noticia del primer fusilamiento ocurrido, nos hizo salir del estado de resistencia semipasiva, y reaccionado virilmente decidimos hacer frente a la persecución de la manera que pudiéramos.

Los odiados fosos de Montjuich habían sido regados una vez más con la generosa sangre de los obreros.

El revolucionario José Miguel Baró, obrero republicano, que se batió con gran bravura en San Andrés de Palomar, siendo acusado de haber capitaneado la revolución en dicha barriada, fue inmolado a la barbarie burguesa en los fosos del tétrico castillo el día 17 del mes de agosto.

Fue la primera víctima entregada a la ferocidad de la bestia reaccionaria por sus servidores y sicarios.

Los fusiles que no tuvieron valor para derribarle cuando les hacía frente desde las barricadas, le asesinaron con la cobardía propia de la inmunidad una vez el revolucionario quedó indefenso.

A hechos semejantes la camada reaccionaria los calificaba de justicia militar, justicia militar que formaba digno *pendant* con la otra también llamada justicia civil, porque eran tal para cual.

La reacción saboreada con placer salvaje el principio del feroz banquete que le ofrecían sus mercenarios servidores.

Pronto la harían ofrenda de nuevas víctimas preparadas ya para el sacrificio.

Los victimarios guardaban en los asquerosos calabozos de sus más asquerosas cárceles a los obreros destinados a ser pasto de sus apetitos inhumanos, llevándose rápidamente a cabo los trámites necesarios para conducirlos ante el piquete de ejecución.

Las nuevas víctimas fueron Antonio Malet, obrero campesino, y Eugenio del Hoyo, por haberse batido ambos contra la fuerza pública; Ramón Clemente García, joven, casi un niño, por haber paseado una momia por la calle, y el gran pedagogo Francisco Ferrer Guardia, acusado de ser el jefe de la revolución, espectáculo que la burguesía, la plutocracia y toda la jauría explotadora y reaccionaria, inspirada por el célebre Comité de Defensa Social, esperaba con febril ansiedad para saciar sus ansias de incivil venganza.

Pero en el pecado llevaron la penitencia, pues los excesos en la represión sirvieron como revulsivo entre los revolucionarios coaccionados por el acoso de sus perseguidores, y en un arranque de viril decisión determinaron hacerles frente.

Creóse una Comisión Pro-presos que no será preciso decir que tuvo que actuar en la clandestinidad, reuniéndose en donde podía, en las plazas públicas, en las calles, en las afueras de la ciudad o en el

campo, porque era entonces más peligroso formar parte del Comité y recaudar dinero para los presos que salir a la calle disparando tiros.

Esta Comisión fue iniciada por el compañero Antonio Salud, y la compusieron, junto con él, Francisco Tintoré, Franquet, Guasch y un compañero conocido por El Forjador.

Poco después constituyóse otra, y si no recuerdo mal, una tercera, independientes entre sí, porque desconocían su mutua existencia, y luego se agruparon en una sola, la célebre Comisión Pro-presos que dio al traste con todo el tinglado represivo armado por la burguesía catalana, levantando en un unánime clamor de protesta a toda la opinión nacional y extranjera.

Como ya se ha dicho, estas Comisiones se refundieron en una sola para mejor unificar todos los esfuerzos, quedando integrada por J. Gelabert, F. Tintoré, R. Ávila, F. Sabater, A. Cuevas, A. Salud, R. Arch y J. Javierre, representantes, respectivamente, de las Sociedades Obreros Zapateros «La Armonía», Ramo del Agua y Arte Fabril, Arte de Imprimir, Estampación Tipográfica, Encuadernadores y Similares, Pintores, Metalúrgicos, Carreteros, y J. Miret y Segarra por los socialistas y republicanos radicales.

Durante el funcionamiento de esta Comisión dejaron de pertenecer a la misma algunos de los indicados, ocupando sus vacantes, ya como delegados, ya como auxiliares, otros compañeros, entre ellos, J. Bueso, Comaposada Gardó, Viñas, Inglés, V. Sala, Ripoll y J. Fernández.

Y por cierto que con respecto a la primera Comisión pasó una cosa por demás chusca.

No pasó desapercibida por los sabuesos policíacos su existencia, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudieron impedir el funcionamiento de la misma.

Pero dándose perfecta cuenta del peligro que corría el éxito de la represión, y despechados por ello, decidieron desacreditarla para mejor inutilizarla, recurriendo a un ardid de pura cepa jesuítica, marca Comité de Defensa Social.

Este ardid no fue otro que esparcir el rumor de que el malogrado Francisco Ferrer había dejado en su testamento una gran cantidad para los presos, a razón de un donativo para cada uno de ellos, y que el encargado de hacer el tal reparto era el Comité Pro-presos, pues era el que se había hecho cargo del dinero.

La maniobra tuvo un éxito sin precedente, pues la general candidez hizo que el bulo fuese creído por un gran número de gente que tenían entre los encarcelados algún familiar, y acudían a la Comisión en busca de las consabidas pesetas que por la donación de Ferrer les correspondían.

No costó pocas fatigas y penas el convencer a los reclamantes de que habían sido burlados en la buena fe, y que la Comisión Pro-presos no era depositaria de más dinero que el recogido por sus delegados y por las listas de suscripción abiertas por los obreros.

El compañero Antonio Salud podría contar alguno de los sabrosos incidentes a que esto dio lugar, pues fue quien tuvo que bregar para dejar las cosas en su verdadero sitio.

Con todo, la maniobra falló en lo más principal, pues los autores de la misma sabían que la Comisión no disponía de dinero para hacer un reparto de tal cuantía, y esperaban que cundiera el disgusto entre

los que se consideraban defraudados, disgusto que aprovecharían para lanzar luego la especie de que la Comisión les estafaba quedándose con el dinero, o bien que alguno de sus componentes se había fugado al extranjero llevándose consigo el importe del legado que el fundador de la Escuela Moderna había dejado para los obreros perseguidos, y de este modo cundieran la desconfianza y el recelo hacia el Comité y que nadie le confiara ni cinco céntimos; pero su hábil y aviesa maniobra les falló estrepitosamente.

A todo esto yo me extrañaba de no haber sido detenido, y principiaba a cobrar cierta esperanza de tener mayor fortuna que en anteriores represiones, pero pronto la realidad vino a dar al traste con mis incipientes ilusiones.

Un día, entre diez y once de la mañana, se acercó a mí el dueño de la imprenta en donde trabajaba por aquel entonces, y me dijo:

—En el despacho hay dos señores que quieren hablar con usted

Ya llegó aquello, pensé para mis adentros, y no me cabía duda alguna al notar el rostro descolorido y las vacilaciones con que había pronunciado las anteriores palabras mi emocionado patrón.

Seguramente pensaba el buen hombre que la visita de aquellos pajarracos de mal agüero nada bueno presagiaba para mí y que era él quien me entregaba a los sicarios de la represión.

Me hice el ánimo y fui al despacho enfrentándome con los tíos aquellos con facha y porte de los más castizos entre su clase, quienes me comunicaron que tenía que acompañarles a la Delegación de Policía de la calle de los Ángeles, porque el Comisario Carbonell tenía que hablarme.

Mal augurio era la detención, pero todavía era peor el caer en manos del excarcelero y policía Carbonell, pues el compadre de Millán Astray vivía de perseguir ladrones, y una prójima, manceba suya, de traficar con lo que los ladrones robaban, según se afirmaba por las dependencias del llamado Palacio de Justicia.

Salimos a la calle y maniobraron para colocarse a mis lados, y así, entre aquellos dos distinguidos sayones, bajamos por la calle de Lauria, y remontando la de las Cortes Catalanas, seguimos camino en busca de la Delegación de Policía.

A mí no se me cocía el pan hasta no intentar averiguar algo, si podía, sobre el motivo de mi detención, es decir, el motivo yo bien lo sabía, pero lo que me interesaba saber era la información que la policía tuviera sobre el asunto.

Y al cruzar la Plaza de Cataluña, me decidí a probar fortuna, y empleando un tono de contrariedad, como quien está seguro de no haber cometido delito alguno y de que se molesta sin necesidad, continuando el diálogo ya comenzado, en el cual procurábamos sonsacarnos mutuamente, les dije:

—Es lamentable para mí que se me moleste y perjudique deteniéndome, porque ya sé lo que pasará, que como tantas otras veces, después de una detención de unos días, semanas o meses, me pondrán en libertad sin decirme siquiera por qué fui detenido y encarcelado.

A lo que respondió uno de ellos, moreno, picado de viruelas, de mirar hipocritón y aire cazurro, al propio tiempo que miraba a su compañero entornando los ojos con la malicia de un estúpido y dibujándose en sus húmedos labios una sonrisa que estaba pidiendo a gritos un solemne puñetazo:

—Pues lo que es ahora no será como otras veces, puede usted estar tranquilo —me contestó—, ¿verdad, tú? —añadió dirigiéndose a su compañero.

¿No habéis sentido nunca un imperioso deseo de dar un salivazo en el rostro a alguien? Pues ese mismo deseo sentí en aquel momento, al oír el tonillo de un ironismo groseramente insultante con que pronunció aquel *puede usted estar tranquilo*.

Pero ya sabía yo a qué atenerme; mi detención no era hecha a humo de pajas. Esta vez la cosa era más seria.

Ya no volví a cruzar la palabra con mis cancerberos, y llegados que fuimos a la Delegación de Policía, me condujeron a presencia del Delegado, de aquel pez de tan larga y picaresca historia llamado Carbonell.

Este me hizo sentar en una silla colocada de antemano en sitio educado para que me diera de lleno la luz que penetraba por una ventana, mientras que el peje aquel quedaba en la penumbra.

Dime cuenta al instante del detallito, muy propio de las acémilas policíacas, que por aquel entonces principiaban a tomar apariencias y poses de psicólogos y científicos.

En la mano tenía un sobre con el cual jugueteaba y daba golpecitos sobre la mesa, y mientras me interrogaba, me miraba fijamente y luego dirigía la vista al sobrecito.

—¡Bah! Este tipo —me dije— quiere que me fije en lo que tiene en la mano y ver qué efecto me causa.

Y el muy idiota, forrado de tonto presuntuoso, no se había dado cuenta todavía de que antes de mirar su innoble cara ya había visto

yo lo que tenía en la mano, comprendido para qué lo manoseaba y sospechado que encerraba una acusación contra mí.

Como que, a pesar de las vueltas y revueltas que daba al insidioso interrogatorio, no lograba que contestara a su gusto, se molestó el hombre, y con imposición insolente me dijo aquel distinguido truhán:

—¡A mí con equívocos y habilidades, no! Aquí se ha de decir la verdad y claramente, ¿ha entendido?

—Si, enseguidita te voy a dar gusto —me dije mentalmente. Ya te contentarás con que te diga lo que me dé la gana decirte.

Es sorprendente la desfatachez con que estos tipos desvergonzados, profesionales de la mentira y de la doblez, exigen a otros que digan la verdad y hablen con claridad.

A este policía le pasó en este caso lo que a cierto juez meses después, que estaba empeñado en que yo firmara que el compañero Castellote había pronunciado ciertas frases referentes al empleo de la dinamita en el mitin de la Plaza de Armas, del Parque de la Ciudadela, organizado por la Comisión Pro-presos, frases que de haber quien las confirmara acarrearían una grave condena al dicho compañero y que yo negué porque tenía muy presente lo sucedido con nuestro compañero Flores, hundido en un presidio por un puñado de años por algo referente a la dinamita, y el tal juez, al convencerse de lo inútil de sus esfuerzos, montó en cólera y me mandó a paseo.

Luego, durante el proceso, supe lo que contenía el dichoso sobrecito aquel, que no era otra cosa que el anónimo en que se

denunciaba mi presencia en una reunión tenida en la llamada Fuente del Chato, del Parque de la Ciudadela, a la cual no asistí.

Cuando el chasqueado policía se convenció de que no se saldría con la suya, me mandó a los calabozos y me dejó en paz.

Dichos calabozos, como indecorosos e indecentes, no tenían nada que envidiar a sus congéneres de todos los centros policíacos y judiciales, y sería una excelente obra el recluir en los mismos a los titulares y burócratas de los centros oficiales de Sanidad e Higiene durante unos cuantos días con sus noches respectivas, para que supieran lo que es canela y se dieran cuenta del alcance que tienen en la realidad todas las leyes, decretos y disposiciones que dictan sobre tan importante cuestión.

Allá, entre dos luces, nos sacaron de aquellas covachas, tan faltadas de luz como de limpieza, y después del consabido cacheo y pasar lista, nos esposaron de dos en dos y quedamos listos para el viaje.

—Hacia la cárcel se ha dicho —pensé.

Al salir a la calle quedé extrañado de no ver el coche celular en la puerta.

— Vamos, esta vez es a patita y... andando, para mayor distracción.

Pero mi extrañeza fue mayor cuando, en vez de tomar rumbo hacia la Cárcel Modelo, vi que tomábamos dirección contraria, y atravesando las Ramblas nos adentramos por la calle de la Puertaferri con dirección a la Reforma.

Por cierto, que en una casa de la antedicha calle prestaba sus servicios como cocinera una prima mía, que casualmente estaba en

el balcón al pasar nosotros, y al mirar con apenas curiosidad la caravana de los nuevos galeotes, tuvo la desdicha de reconocermé entre ellos, con lo que, bien impensadamente por cierto, la di la gran noche, pues la pobre muchacha ya me daba por fusilado.

Dada la dirección que llevábamos, supuse que nos conducían al Palacio de Justicia, lo que no me gustaba mucho.

Pero tampoco anduve en lo cierto con esta suposición, pues al llegar a la Reforma, hoy Vía Durruti, seguimos hacia abajo en dirección a la Plaza de Antonio López, actualmente Capitán Biarreau, y creí que nuestro punto de destino era el Gobierno Civil, lo que me gustaba menos que lo que supuse anteriormente.

Nueva equivocación, preocupándome más de lo que yo hubiera querido; pero al llegar a la altura de la Capitanía General nos introdujeron en dicho edificio, ordenándonos nos colocáramos bajo los pórticos que circundan el patio, mientras uno de los guardias trasponía por una escalera que tenía el punto de arranque en uno de los ángulos de dicho patio.

—¿A qué demonio nos traen aquí? —me preguntaba yo.

Al cabo de una media hora bajó el guardia y me pareció llevaba unos papelotes en la mano; acercóse al grupo, habló con los otros guardias y ¡a la calle otra vez!

Con dirección a la Puerta de la Paz, tomamos Paseo Colón adelante, y llegados que fuimos al pie de la estatua a Colón, atravesamos la encrucijada de vías que allí existe y enfilamos el cuartel de Atarazanas, en cuya puerta hicimos un nuevo parón.

En un lado de la explanada que existía frente a la fachada había un numeroso corro de militares, al parecer de distintos cuerpos y

graduaciones, tomando el fresco en sendas mecedoras y en unas posturas que eran un disloque de castiza haraganería. ¡Vaya tipos tumbones!

Hacia el dicho grupo se dirigió el guardia de los papelorios y habló con uno de aquellos militares, el cual no parecía muy complacido de lo que el guardia le decía, ni de los papeles que le mostraba, denegando con la cabeza distintas veces, y cansado de la insistencia del guardia, acabó por mandarlo enhoramala a no sé qué sitio, aunque es de suponer no tendría nada de grato.

—¡Pues a dónde los hemos de llevar! —exclamó el apurado guindilla entre sumiso y rebelde.

—¡Donde usted quiera! ¡Tírelos al mar y déjeme en paz, porque yo no los quiero ni tengo sitio en donde meterlos!— contestó el oficial ya perdiendo los estribos.

¡Vaya tío fino aquel hijo de Marte!

No podía negar que pertenecía al pundonoroso, noble, caballeresco y heroico ejército de Alfonso XIII, título que generosamente ellos mismos se otorgaban.

Bueno, pues, otra vez a la carretera, como si dijéramos, y vuelta a Capitanía General, de donde, después de idas y venidas, subidas y bajadas del que por lo visto era el jefe de la partida, salimos de nuevo en la misma dirección que antes.

Ya me estaba pareciendo oír otra vez las groserías del militar aquel que aconsejaba nos echaran al mar, y que de buena gana le hubiera yo echado a él a una cuadra, pero al llegar al pie del quiosco de bebidas que hay al final del Paseo nos mandaron detener.

Frente al mismo hay una parada de los tranvías que desde el Puerto van a Sans, y comprendí que se pretendía subir en la carroza de tutu, como dijo Edmundo de Amicis, y si era así no había duda que íbamos en dirección a la Cárcel Modelo, lo que me produjo una gran tranquilidad, pues por fin iba a terminar nuestra inquietante incertidumbre y aquel fatigoso ajetreo.

No me equivoqué esta vez, pues los guardias nos comunicaron que, comprendiendo que debíamos estar cansados, habían decidido tomar el tranvía para llegar cuanto antes a la cárcel y que pudiéramos descansar.

Entonces se promovió una cuestión, que llegó a adquirir cierta violencia al declarar yo que, si bien agradecía las buenas intenciones de nuestros conductores, no podía aceptar la propuesta, porque yo no llevaba encima dinero alguno para poder pagar el pasaje.

Como les parecía una cosa incomprensible que no poseyera ni siquiera una miserable moneda de diez céntimos, atribuyeron mis palabras a propósitos míos de fastidiarles, y esta presunción suya les amoscó.

—¿Pero usted se ha creído que nos vamos a pasar toda la noche andando de aquí para allá y cenar a las mil quinientas? —me dijo uno de ellos saliéndose de sus casillas.

—Yo no tengo por qué creerme nada —le contesté con el tono más sosegado que me fue posible— sino simplemente digo que no dispongo de la moneda precisa para abonar mi billete, y si bien reconozco que usted tiene sus motivos para desear llegar cuanto antes a su casa, yo tengo los míos para considerar que para ser encarcelado siempre es demasiado temprano.

No fue mi contestación la más apropiada para sosegar al sulfurado guardia, y no sé como hubiera acabado la cosa de no haber intervenido los presentes y zanjado la cuestión, no sé cómo, pues lo cierto es que llegó el tranvía, subimos en él y alguien se encargaría de pagar mi pasaje, pues yo no pagué por los motivos ya expuestos.

Descendimos a la Plaza de España, y cuando yo suponía tomaríamos la dirección de la calle de Entenza, enfilando la misma hacia el establecimiento carcelario, me sentí contrariado al ver que nos internaban por el despoblado que existía por aquel entonces por la parte trasera de la Plaza de toros Las Arenas.

—¿Por qué nos llevarán por aquí? —me preguntaba, y mi respuesta no era muy satisfactoria, pues estaba visto que el día aquel era el de los continuados contrasentidos.

Caminando por una especie de carretera llena de baches y con polvo hasta los tobillos, tanteando y tropezando entre la oscuridad, llegamos frente a la mole carcelaria, la que se destacaba como una sombra confusa, y en la cual lucían los puntos luminosos del alumbrado de las celdas.

Ya íbamos a atravesar el llamado Puente del Mico, hoy desaparecido con motivo de la apertura de la zanja para el ferrocarril que pasa por la calle de Aragón, cuando nos dijo uno de los guardias:

—¡Adelántense ustedes! —al mismo tiempo que tuve la seguridad de haber oído el cric—crac del funcionamiento del cerrojo, o seguro, de un mosquetón o tercerola.

Sentí una fuerte contracción de nervios, y revolviéndome, me paré en seco.

Mis compañeros hicieron lo propio, quedando en grupo descompuesto y arremolinado, mirándonos mutuamente con silencio iracundo, refrenado por la angustia de la impotencia.

La idea de la Ley de fugas fulguró como un relámpago en mi cerebro; después me pareció como si perdiera la facultad de pensar.

Sin duda que todos pensábamos algo, pero seguramente también nadie sabía lo que pensaba.

Pasamos unos momentos indefinidos, como envueltos por un ambiente de tragedia.

De pronto repercutieron en nuestros oídos las voces de una viva conversación cuya sonoridad iba aumentando, cuando sobre el pretil del puente cercano se destacaron unas sombras que se acercaban hacia nosotros.

Era un grupo de obreros que se retiraban en busca de sus respectivos domicilios, los que al pasar nos miraron con curiosidad, y al reconocer a los guardias que nos conducían reanudaron su camino con vivo paso, sin meterse en más averiguaciones.

—¡Ea! ¡Vamos de una vez! —dijo a esto el guardia aquel de los papeles.

Y continuamos aquella marcha de los infiernos.

La cárcel estaba cerca, tan cerca que parecía que para tocarla sólo bastaba alargar la mano.

Pero aquella noche ¡qué lejos me parecía! No hacía más que una media hora o tres cuartos, que mi deseo era retardar el momento de atravesar la ferrada puerta, que al cerrarse tras de mí, me

arrebataría la libertad, pero en aquellos instantes mis mayores deseos eran transponerla cuanto antes.

No tardé mucho en verlos satisfechos, y al mirar a los guardias la ira y el rencor embargaban mis sentidos.

—¡Ah! los muy cobardes y los muy canallas! —me decía mentalmente.

De pronto me sentí dominado por inusitado cansancio; me costaba trabajo mover los pies, como si los nervios se negaran a obedecer a la voluntad.

La cabeza me pesaba sobre el pecho, los brazos colgaban verticalmente de mi cuerpo y mis ojos se cerraban a pesar mío.

Tan grande era mi deseo de descanso, que al llegar a la celda que me habían destinado, no había aun cerrado la puerta el celador, que cogí una manta, la extendí en el suelo y me tumbé sobre la misma, quedando dormido como un tronco.

Días después, recordando los instantes vividos al pie del Puente del Mico, pensé que el propósito del guardia, o de los guardias aquellos, sólo fue el de darnos un gran susto, pues de haber querido hacer otra cosa más gorda, hubiera sido una estupidez asombrosa el propósito de llevarlo a cabo a dos pasos de la cárcel, donde existe un cuerpo de guardia y donde mora una numerosa población de reclusos, quienes forzosamente percibirían las detonaciones y los gritos lógicos en una refriega, cuando impunemente pudieron haber realizado el hecho al atravesar el despoblado trasero a la Plaza de toros.

Si en ello no me equivoco, hay que reconocer que lograron cumplidamente su propósito, pues el susto que nos dieron fue morrocotudo, por lo menos el que me dieron a mí.

Así como inconscientemente, me pareció oír las estridentes notas de un clarín, seguido de un alboroto de puertas que se abren y golpean.

Abrí los ojos; la luz matinal alumbraba la celda y rápidamente me puse en pie, pues por experiencia sabía qué significaba aquella jarana.

Recogí apresuradamente la manta al tiempo que la puerta de la celda quedaba abierta de par en par, y tomando la escobilla barrí la habitación, arrojando al exterior la basura dejada por el anterior inquilino, y en seguida saqué la cabeza curiosamente, deseoso de ver a mis vecinos de hotel.

Algunos eran conocidos, la mayoría de ellos los veía por primera vez. Hubo los saludos correspondientes, sonrisas y signos, haciendo infinidad de preguntas que ni se comprendían ni respondían adecuadamente la mayor parte de las mismas.

Pero, en fin, a la hora del paseo se esclarecería todo.

La cárcel estaba atestadísima; no cabía ni uno más. Las galerías, las aglomeraciones, los talleres, etc., todas las dependencias estaban colmadas. Los procesados estaban soliviantados y temerosos, pues las condenas mayores se imponían a porrillo, caían como el trigo en el campo cuando se siembra a boleó, y lo que más indignaba era que se condenaba a capricho, sin norma ni causa justificada.

En una visita de cárceles recuerdo que un obrero, al retirarse de la sala, cayó redondo como un taco al sufrir un ataque histérico,

seguramente debido a la emoción causada al ver tanto tío con empaque de amos del mundo, tantos uniformes prendidos de quincalla y tanto aparato.

Al día siguiente le pusieron en libertad, sin más pasos y dilaciones... ¡y había sido condenado a dieciséis años de presidio!

De ello se podrá deducir los fundamentos en que se basaban todas las imbéciles condenas que se imponían.



Reseña de Miguel Íñiguez en *Enciclopedia del anarquismo Ibérico*

JOSÉ NEGRE OLIVERAS

Ludiente (Castellón), 13-5-1875 / Argelés (Francia), 24-12-1939. Militante que desarrolló una decisiva labor en los primeros tiempos de Solidaridad Obrera y CNT. Tipógrafo, periodista y orador, uno de los organizadores del Congreso fundacional de CNT, siendo el último secretario de Solidaridad Obrera y el primero de CNT. Firma, con gran número de compañeros, un manifiesto a los trabajadores, explícitamente anarquista, fechado en Barcelona, abril de 1908. En 1909 habló en la inauguración del Ateneo Sindicalista de Barcelona. En 1910 mitinea repetidamente en Barcelona y con Herrer, en Lérida, y desde agosto forma parte de la Junta de la Unión

Ferroviaria. En el Congreso de 1910 defendió la necesidad de la nueva organización obrera y formó en la ponencia de reglamentos. En 1911 representó en el Congreso a sociedades de Puerto Real y Vigo y al Ateneo Sindicalista de Baracaldo. En 1911 tribuno en Barcelona, Villanueva y Geltrú, Tarrasa y París y tras la huelga de 1911 encarcelado durante varios meses (delaciones de Leroy que lo acusó de participar en un supuesto comité revolucionario, preso seguía en marzo de 1912). Reorganizada la CNT, según algunos asumió nuevamente la secretaría de CNT (aunque lo más aceptado es que la desempeñó Andreu). A comienzos de 1913 residía en París y durante ese año y el siguiente escribió repetidamente en *Tierra y Libertad*. Asistió con Romero al Congreso Sindicalista de Londres en septiembre de 1913. Participa activamente (informó del Congreso de Londres y formó en la comisión de reorganización de la regional) en la Asamblea regional catalana de noviembre de 1913. Numerosas conferencias en la comarca de Barcelona a fines de 1913 y comienzos de 1914 especialmente en pro de un diario obrero y sobre sindicalismo (“El sindicalismo revolucionario: su orientación, finalidad, y medios de lucha,” “El movimiento obrero en Francia y sus medios de propaganda”, “Importancia de la publicación de un periódico obrero diario”). Imparte conferencia en Mataró, en febrero de 1914, acompañado de Badía, con el título “Sindicalismo”, mes en el que asistió a la Asamblea regional de juntas de sindicatos catalanes y subió a la tribuna en un mitin organizado por los tranviarios en Barcelona. En marzo del mismo año, diserta en Barcelona (“Los principios de la Internacional obrera”), mes en que es nombrado en la asamblea barcelonesa del día 21 miembro de la comisión que debía reorganizar la federación y mitinea en Palamós junto a Seguí, Loredó y otros. En los meses siguientes de 1914 tribuno y conferenciante: Barcelona (en pro de la amnistía, abril,

codo a codo con Miranda, Rueda, Ullod y otros), Ateneo Cultural de la Barceloneta (tres de mayo, “Eficacia de la enseñanza racionalista”), Centro de Cultura Racional de Sans, Ateneo Sindicalista de Barcelona y Vilasar de Dalt (con Seguí y Loredó). Por entonces se hallaba en contacto con Lorenzo cara a la edición de una revista, pretensión frustrada con la muerte del ilustre toledano. En octubre de 1916 diserta en Barcelona (“La organización sindical como medio de lucha contra el capitalismo”). A comienzos de 1917 polemiza con Buenacasa en el Ateneo Sindicalista (“El conflicto entre el diario *Solidaridad Obrera* y el Sindicato Arte de Imprimir”) y en mayo diserta en el Ateneo Racionalista de Gracia (“Por qué somos sindicalistas”). Durante la primera guerra mundial pertenecía al equipo de *Solidaridad Obrera* (director en 1916) y fue acusado por Seguí, Quemades y Buenacasa de germanismo (de aquí su enemistad con el Noi) y de relaciones oscuras con la embajada alemana, críticas que le afectaron profundamente hasta el punto de que, se ha dicho, en agosto de 1917 abandonó toda actividad obrerista y que sólo, ya viejo, en 1936, ofreció su persona a la CNT para lo que hiciera falta. El abandono, sin embargo, no fue tan inmediato, porque en noviembre de 1917 escribe en el vocero confederal y al año siguiente (diciembre) se integra en la campaña de propaganda de CNT. En 1936 formó en el círculo Los de Ayer y los de Hoy, recuperó la militancia y en 1938 escribió en *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*. En 1938 partícipe del grupo faísta Labor de Barcelona. Imparte conferencia en Barcelona en agosto de 1938, sobre “La revolución de México y el proletariado español”. Muerto en el campo de concentración de Argelés apenas escapado de España, fue un hombre extraordinariamente combativo y convencido de las tesis obreristas (en agosto de 1910 aparece como vicepresidente de la recién creada sección de obreros ferroviarios de la región catalana

pese a no pertenecer al sector, precisamente para evitar las represalias contra los ferroviarios), visitó frecuentemente las cárceles (mitin barcelonés contra la guerra de agosto de 1911, campaña de propaganda de 1914, verano de 1916, huelga de la Canadiense, etc.), hasta completar al menos ocho años entre rejas y a él y a Herreros se debe el alejamiento de Solidaridad Obrera-CNT de los lerrouxistas con los que polemizó en 1908. Para Juan Ferrer, su figura brilla a la altura de Seguí y Peiró, destaca su activismo en el centro sindical de la calle Poniente como secretario de la regional catalana y en el Ateneo Sindicalista y su fuerza como orador y polemista. Colaboraciones en *Cultura Obrera*, *Ilustración Ibérica*, *Los Nuevos* (1916), *El País*, *El Progreso*, *El Rayo*, *Ruta* (1938) y *Solidaridad Obrera* (1910–1917 asiduamente, 1938), *Tierra y Libertad* (1910-1915, con bastante frecuencia, 1938-1939, asiduamente), *La Unión Ferroviaria*, *La Voz del Obrero*, etc. Autor de *¿Qué es el colectivismo anarquista?* (Barcelona, Los de Ayer y los de Hoy, 1937), *¿Qué es el sindicalismo?* (Santa Cruz de Tenerife, *Cultura Obrera*, 1917 y Barcelona, Prometeo, 1919) y *Recuerdos de un viejo militante* (Barcelona, 1936).